Colección: ESPADAS EN ARADOS

COMO LOS CRISTIANOS HICIERON PAZ CON LA GUERRA

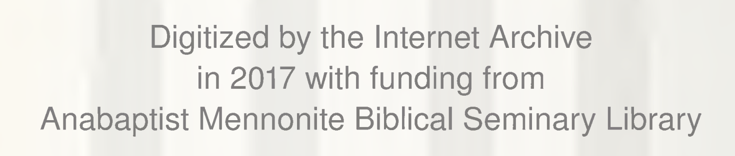


Entendimiento de la guerra de los primeros cristianos

241
.6242090
15
D78S

JUAN DRIVER

COMO LOS CRISTIANOS HICIERON PAZ CON LA GUERRA


Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Anabaptist Mennonite Biblical Seminary Library

https://archive.org/details/comoloscristiano00driv

BIBLIOTECA DIGITAL ANABAUTISTA

Socios: SEMILLA, SeBAH, Mennonite Mission Network, Anabaptist Mennonite Biblical Seminary, y Goshen College

El titular de los derechos del autor ha licenciado a los socios de la Biblioteca Digital Anabautista los derechos de reproducción, comunicación pública y transformación sobre esta obra en régimen de no exclusividad a los fines de su digitalización y difusión en línea en el marco del proyecto Biblioteca Digital Anabautista.

Esta obra está protegida por derechos de autor y / o derechos conexos. Usted es libre de usar la obra en cualquier manera que sea permitida por la legislación de derechos de autor y derechos relacionados que se aplican a su uso. Para otros usos necesita obtener el permiso del (de los) titular (es) de los derechos.

AVISOS

A menos que se indique expresamente lo contrario, la organización que ha hecho disponible este Artículo no garantiza el Artículo y no puede garantizar la exactitud de esta Declaración de Derechos. Usted es responsable de su propio uso.

Puede encontrar información adicional sobre el estado de derechos de autor del artículo en el sitio web de la organización que ha hecho disponible el artículo.

Es posible que necesite obtener otros permisos para su uso previsto. Por ejemplo, otros derechos como la publicidad, la privacidad o los derechos morales pueden limitar la forma en que puede utilizar el material.

(adaptado de http://rightsstatements.org/vocab/InC/1.0/)

(enero de 2017)

COMO LOS CRISTIANOS HICIERON PAZ CON LA GUERRA

6/94 CLARA 3.10

Entendimiento de la guerra de los primeros cristianos

Library
Assoc. Mennonite Biblical Seminaries
3003 Benham
Elkhart, Indiana 46517

JUAN DRIVER

94940

COMO LOS CRISTIANOS HICIERON PAZ CON LA GUERRA
ENTENDIMIENTO DE LA GUERRA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Juan Driver, Autor
Colección: Espadas en arados

Edición en Inglés:
HOW CHRISTIANS MADE PEACE WITH WAR : EARLY CHRISTIAN UNDERSTANDINGS OF WAR
Scottdale, PA: Herald Press

© 1988 Herald Press

Primera Edición en Español

© 1993 Ediciones SEMILLA

Cómo los cristianos hicieron paz con la guerra

Incluye bibliografía.
1. Guerra- aspectos religiosos - cristianismo- historia de doctrinas - Iglesia primitiva, 30-600 DC. 2. Paz - aspectos religiosos - cristianismo - historia de doctrinas - Iglesia primitiva, 30 - 600 DC.
I. Título II. Colección
Driver, Juan 1924 -
BT736.2D74 1993 241'.6242

EDICIONES CLARA - SEMILLA

CLARA
Apartado Aéreo 57-527
Santafé de Bogotá 2,
Colombia

SEMILLA
Apartado Postal 371 - I,
Montserrat, Zona 7
Cd. Guatemala 01907
Guatemala

Impreso en Guatemala, 1993.
Dibujo de la portada:
URREA
Edgar Guerrero

A
los hermanos y hermanas
del mundo de los dos
tercios quienes buscan
la paz y la justicia bajo
condiciones similares a las
que experimentaron los
primeros cristianos

Contenido

Prólogo

¿Cómo lograr la paz en nuestra vida personal, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestro mundo? Probablemente no hay ningún otro tema que nos afecte más hoy en día que éste, pues abarca todas las áreas de nuestra existencia.

Nuestra respuesta a esta pregunta resulta influenciada por un sinnúmero de factores. Uno de los elementos que más influye sobre nuestra actitud proviene de los líderes de antaño, especialmente de aquellos que gozan de reputación en el ámbito religioso y político.

A pesar que en nuestros días los líderes políticos y religiosos con frecuencia tratan de resolver los conflictos mediante la fuerza militar, las tensiónes aumentan en lugar de disminuir. Generalmente, la violencia engendra más violencia. En este libro, el autor Juan Driver, busca en la historia otra alternativa - la solución pacífica de los conflictos. Nos muestra que en el período comprendido entre los años 90 y 313 D.C. los primeros cristianos se opusieron a la guerra debido al ejemplo de la vida y las enseñanzas de Jesús. Jesús les enseñó a amar a sus enemigos a fin de incorporarlos a la fe y al compañerismo

de la familia de Dios, la iglesia. Esta fue la motivación que impulsó a los primeros cristianos a amar y perdonar a sus propios perseguidores y a exhortar a los malhechores a una nueva forma de vida. Sin embargo, a través de los años, los cristianos poco a poco se fueron involucrando en la vida militar hasta perder finalmente su forma pacífica de resolver los conflictos. Juan Driver, erúdito bíblico, escritor prolífico y misionero, señala en forma breve y concisa cómo llegó a producirse este cambio.

Cómo los cristianos hicieron paz con la guerra es la versión castellana de "How Christians Made Peace With War", publicado por Herald Press, Scottdale, PA., en el año 1988. Fue el segundo de una serie de libros acerca del tema de la justicia y la paz que nos brinda una nueva perspectiva en la búsqueda de paz para nuestros tiempos. Para más información sobre las actitudes y reacciones de los primeros cristianos respecto a la guerra, consúltense las referencias incluídas en las notas y la lista de sugerencias bibliográficas al final del libro.

J. Allen Brubaker, editor
Serie de paz y justicia
Herald Press

Cómo los cristianos hicieron paz con la guerra

Introducción

Nuestro estudio sobre la comprensión que tuvieron los primeros cristianos acerca de la guerra, cubre el período comprendido entre el cierre de la era del Nuevo Testamento (poco antes del año 100 D.C.) y el año 313 D.C. Abarca más allá de la declaración de tolerancia hacia los cristianos emitida por Constantino en el año 313. Su decreto también señaló una nueva era en la actitud de la iglesia hacia el servicio militar. A partir de esa fecha, en obediencia al Estado, los cristianos comenzaron a prestar servicio activo en el ejército. Este libro explora cómo interpretaron los teólogos y líderes de la iglesia de ese período el cambio ocurrido bajo el emperador Constantino.

¿Por qué es importante reflexionar sobre las actitudes de la iglesia primitiva hacia la guerra? Los cristianos evangélicos generalmente rehusamos otorgar una autoridad normativa a la tradición de la iglesia. Sin embargo, esto no debe impedirnos ver la importancia de las prácticas y las enseñanzas de la iglesia primitiva en relación al militarismo y la guerra. Hay una distancia muy grande entre nuestro mundo moderno y la situación social, las costumbres y las formas de pensar del primer siglo. Y esto aumenta nuestra dificultad para comprender los escritos

del Nuevo Testamento. Los cristianos de esa época se encontraban mucho más cerca del Nuevo Testamento, en términos de tiempo, que nosotros. Ellos leían el Nuevo Testamento en el mismo idioma en que había sido escrito. También vivieron en un mundo muy similar al que había visto surgir el movimiento cristiano.

Aunque no fueran siempre fieles a su vocación cristiana, es provechoso observar cómo interpretaron el Nuevo Testamento. Por supuesto, no debemos asignar la misma autoridad a los escritos de los padres de la iglesia primitiva que la que otorgamos al Evangelio. No obstante, es indudable que esos documentos contienen tanta verdad evangélica como los escritos de muchos cristianos contemporáneos que gozan de nuestro respeto.

Es notable que entre los años 100 y 313 ningún escritor cristiano, hasta donde sabemos, aprobó la participación de cristianos en la guerra. En realidad, todos los que escribieron sobre este tema lo desaprobaron.

Sin embargo, la posición de la iglesia en relación a este asunto no fue absolutamente inequívoca. Por ejemplo, hubieron cristianos que servían en el ejército romano y no por eso fueron excluídos de la comunión de la iglesia. Desde la conclusión del período neotestamentario, hasta el año 170 D. C. no se ha encontrado ninguna evidencia segura de que los cristianos sirvieran en el ejército. A partir del año 173 crece muy gradualmente el número de cristianos en el ejército romano. Al principio, sin duda, fueron soldados que al convertirse en cristianos, permanecieron en el ejército. Más tarde ese grupo llegaría, de manera creciente, a incluir a cristianos que se habían hecho soldados.

La conducta vivencial de los cristianos durante ese período

a veces contradice la visión de la iglesia, tal como se refleja en los escritos de los padres de la iglesia. Desafortunadamente, esto ha sucedido con frecuencia; a lo largo de la historia de la iglesia observamos cierta tensión entre las enseñanzas de la iglesia y el comportamiento práctico de los cristianos. Pero más que nada, estas claudicaciones señalan la debilidad humana y el pecado en la iglesia.

La iglesia primitiva resistió la tentación de rebajar su enseñanza al nivel de su práctica. Las convicciones de los primeros cristianos eran, sin duda, no-violentas. Sin embargo, tuvieron que esforzarse grandemente a fin de permanecer fieles a su Señor en medio de una situación social cambiante.

La oposición de los primeros cristianos a la guerra y al servicio militar se fundamentaba en el ejemplo y en las enseñanzas de Jesús. Esto les llevó a resistir tenazmente los males e injusticias de su tiempo, rehusándose con firmeza a reaccionar con violencia ante el mal. Estaban dispuestos a sufrir la persecución, y hasta la muerte, antes de derramar la sangre de sus perseguidores. Al respetar así la vida de sus enemigos, ellos se negaron a participar en la espiral de la violencia.

Estos primeros cristianos también rehusaron prestar servicio militar debido a su rechazo a la idolatría. Aunque reconocían la necesidad de un gobierno humano que promoviera la justicia y la paz, percibieron la oposición fundamental existente entre el César y Dios. Por lo tanto, rehusaron firmemente tomar parte en las ceremonias paganas que eran parte integral de la vida en el ejército romano. Pero aún más profundo fue su rechazo a las demandas del emperador, y de su ejército, de su lealtad y obediencia absolutas.



CAPITULO I

Las raíces neotestamentarias de la no-violencia

De acuerdo al Nuevo Testamento, Jesús dedicó considerable y directa atención a la no-violencia. Sin embargo, desde los primeros siglos de la iglesia, los cristianos no se han puesto de acuerdo en sus actitudes respecto a la guerra y la paz. Ya en el Nuevo Testamento descubrimos algunos indicios de estas diferencias. Y a lo largo de la historia de la iglesia, estas diferencias han aumentado.

El pensamiento de Jesús se refleja en su mandamiento de amar al enemigo y de no resistir a los malos (Mt. 5:38-48; Lc. 6:27-36). Y el consejo de Pablo para los cristianos en Roma fue:

> Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. ... No paguéis a nadie mal por mal ... en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios ... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien, el mal (Rm. 12:14,17-20).

Este consejo, escrito por el año 60, seguramente fue inspirado por las enseñanzas de Jesús. La versión paulina de la actitud de Jesús concuerda totalmente con las enseñanzas de Jesús, registradas por Mateo y Lucas unos 20 años más tarde. Estos textos muestran que Jesús, no limitaba a las actitudes internas de sus discípulos su mandamiento de amar y de no resistir al malo. El trata los efectos que una reacción no-violenta podría ejercer sobre el enemigo. De manera que el amor que Jesús ordena reviste una importancia social muy concreta.

Algunos textos neotestamentarios, sin embargo, parecen señalar a una dirección diferente. Por ejemplo, observamos que algunas de las acciones de los discípulos no concuerdan con las enseñanzas de Jesús sobre la no-violencia. En cierta ocasión, ellos abogaron por una venganza divina sobre sus enemigos. En la misma víspera de la crucifixión de Jesús, algunos discípulos portaban espadas. (Véase Lc. 9:54; Mc. 14:47). Y a veces los Evangelios hablan de soldados, sin cuestionar específicamente el hecho que prestaran servicio militar.

Aunque Jesús usaba muchas metáforas y parábolas, no tomó ninguna de éstas de la vida militar. Una posible excepción se halla en Lucas 14:31-33. Sin embargo, no son las tropas de este relato las que brindan un ejemplo para los seguidores de Jesús, sino la decisión del rey basada en consideraciones políticas y militares. Pablo, por su parte, utilizó muchas expresiones militares en sus escritos.

En los escritos de la iglesia primitiva, observamos un aumento en el uso de metáforas militares para referirse a todos los aspectos de la vida de la iglesia. Aún aquellos líderes de la iglesia que más fuertemente se opusieron a la

participación de cristianos en la guerra, no dudaron en usar metáforas militares para describir la vida y misión de la iglesia. Cipriano, obispo de la iglesia en Cartago desde el año 250, comparó a la iglesia con un campamento militar donde los soldados de Cristo son adiestrados y enviados a batallar contra el adversario.[1]

Los primeros cristianos comprendieron con notable claridad las enseñanzas de Jesús sobre el amor y la no-violencia. Esto puede explicar por qué pudieron utilizar tan ampliamente metáforas tomadas de la esfera militar, sin debilitar su oposición decidida a la guerra. Sin embargo, las condiciones socio-políticas cambiantes poco a poco llevaron a la iglesia a tomar estas enseñanzas de Jesús con menos seriedad. En esta nueva situación, el uso de metáforas militares llegó a apoyar la participación de cristianos en la guerra. Primero, los soldados de Cristo también llegaron a ser soldados del emperador. Más tarde, en la Edad Media, los cristianos realmente formaron un ejército, conocido como "los cruzados".*

El mandamiento del Nuevo Testamento de "amad a vuestros enemigos" y "bendecid a los que os persiguen", expresa una tierna preocupación evangelizadora para los enemigos y perseguidores. En Romanos 12:14-21, la reacción del amor activo hacia los violentos tiene como propósito el reconciliarlos. Los malos solo pueden ser vencidos mediante acciones de amor. Amar y practicar la no-violencia hacia los enemigos no es meramente una cuestión de buen juicio. Es, más bien, seguir el camino que Dios ha escogido para comunicar las buenas nuevas de

---

* Los cruzados fueron soldados reclutados en los países cristianos, durante la Edad Media, a iniciativa del papa, para liberar a Palestina de manos de los musulmanes.

salvación (Mt. 5:45). Amar al enemigo a través de expresiones genuinas de no-violencia y de generosidad desinteresada, es ser misericordioso como Dios es misericordioso (Lucas 6:35-37).

Durante los primeros siglos de la iglesia, los cristianos que sufrieron la violencia en manos de sus enemigos y perseguidores, sin oponer resistencia, fueron llamados "confesores" y "mártires". *Martir*, en el idioma griego, significa "testigo". Mártires eran personas que habían ofrecido el testimonio máximo. Estaban dispuestos a sufrir la muerte antes de recurrir a la violencia para defenderse o vengarse. Por lo tanto, el martirio implicaba mucho más que resistir las presiones y no negar su fe. Cuando estos cristianos rehusaron recurrir a la violencia revolucionaria o de defensa propia, ellos estaban siendo fieles a su llamado evangelizador y misionero. Ellos procuraban hacer "discípulos a todas las naciones", buscando con su conducta comunicar la salvación a sus perseguidores de la misma manera en que Dios había mostrado, en su Hijo Jesucristo su amor para sus enemigos. El sufrimiento y el martirio en la iglesia primitiva no fueron absurdos, ni sin sentido. Surgieron de la confrontación entre dos sistemas de valores opuestos y de lealtades en conflicto. Una resistencia tenaz al mal, unida a un amor que no resistía a los malos, produjo muchos mártires en la iglesia primitiva.

El aspecto evangelizador de la no-violencia se manifiesta en la forma en que los confesores resistieron al mal. Muchos sufrieron cárcel y torturas, destierro y confiscación de sus bienes, persecuciones contra sus familias y toda clase de hostigamiento. Durante los períodos de más intensa persecución, los confesores condenados a trabajos forzados en las minas de Cerdeña recibían ayuda económica

de sus hermanos y hermanas de la iglesia en Roma. Sufrir y morir por su fe de ninguna manera implicaba indiferencia hacia el sufrimiento o resignación estoica. Era la prueba máxima de coraje y valor. Los escritores de la época utilizaron imágenes extraídas de los combates para describir su sufrimiento y martirio.

Probablemente no todos los primeros cristianos que sufrieron persecuciones y martirio estuvieron conscientes de la manera en que su sufrimiento no-resistente comunicaba el evangelio. Y podemos imaginar que algunos no siempre reaccionaron pacíficamente ante sus perseguidores. Pero aún así, el sufrimiento no-resistente y el martirio lograron comunicar la fe cristiana con efectividad. La frase atribuída a Tertuliano - "la sangre de los mártires es el semillero de la iglesia" - refleja fielmente la situación. Muchos testimonios manifiestan el poder con que estos mártires comunicaron su fe, al punto que en algunas ocasiones, los perseguidores mismos llegaron a unirse a los mártires en su testimonio hasta la muerte.

Como Orígenes más tarde argumentó, la iglesia puede cumplir su sacerdocio hacia la sociedad únicamente mediante la no-violencia. Este servicio específico al mundo requiere de una santidad que separe al pueblo de Dios del resto de la sociedad. Por eso, los cristianos no derraman la sangre de sus semejantes, como lo hace el mundo.[2]

Los profetas hablaron de una ciudad enclavada en lo alto de un monte, a la cual las naciones correrán. Esta imagen bíblica es importante para comprender la misión del pueblo de Dios. Isaias 2:1-4 y Miqueas 4:1-4 hablan del "monte de la casa de Jehová" que se eleva sobre los demás montes. En la era mesiánica, el pueblo de Dios

resplandecerá como el modelo social de Dios. Y a esta ciudad "correrán todas las naciones" a fin de experimentar este orden social salvífico de Dios. En estos textos proféticos, la característica más importante del nuevo orden social es la no-violencia.

> Y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra (Is. 2:4).

Jesús identificó esta visión evangelizadora del pueblo de Dios con la comunidad de discípulos reunidos en torno suyo (Mt. 5:14-16). Todos los padres de la iglesia primitiva que escribieron en torno a este tema declararon unánimemente que esta visión profética se estaba cumpliendo en su medio. A través de Cristo y de la comunidad cristiana, la palabra del Señor se había dado a conocer. El nuevo orden social prometido por Dios se había manifestado. La casa del Señor se hallaba a la vista de todos, "exaltada sobre los collados". Y ahora las naciones de la tierra correrían para entrar en la casa del Señor. La iglesia de los gentiles emergía por el deslumbrante testimonio de la comunidad mesiánica.

El testimonio de esta comunidad cristiana era poderosamente atractivo. ¿Por qué? Porque la no-violencia y la paz vislumbradas por los profetas, ya era una realidad en la iglesia. Entre los años 150 y 250 todos los principales padres de la iglesia compartían esta visión: Justino Mártir,[3] Irineo,[4] Tertuliano,[5] y Orígenes.[6] Tertuliano, por ejemplo, interpretaba la visión profética de la paz mesiánica con estas palabras, "¿Por lo tanto, quiénes entienden sino nosotros, que plenamente enseñados por la nueva ley observamos estas prácticas?"[7] Y Orígenes

comentó, "Y es así que ya no empuñamos la espada contra pueblo alguno, ni aprendemos el arte de la guerra, pues por Jesús nos hemos convertido en hijos de paz".[8]

Los judíos afirmaban que si nada había cambiado en el mundo, el Mesías no podría haber venido aún. Y puesto que en el mundo abundan las guerras, Jesús de Nazaret no puede haber sido el Mesías. Estos líderes de la iglesia respondieron a sus críticos admitiendo que la violencia abunda en el mundo y convinieron con los judíos que el advenimiento del Mesías cambiaría al mundo.

Por otra parte, rechazaron el concepto de que la redención vendría hasta el fin del mundo. También rehusaron creer que porque la salvación ocurre en un ámbito invisible, el mundo no tiene que cambiar. Los cristianos adoptaron el concepto de un reino mesiánico puramente futuro e interior, unos 200 años más tarde, cuando la no-violencia ya no era una característica fundamental de la iglesia.

Por lo tanto, los líderes de la iglesia primitiva respondieron que el Mesías ya había venido y que el mundo sí había cambiado. Esta transformación ya se estaba experimentando en el pueblo mesiánico donde se vivía según la ley de Cristo. La violencia había desaparecido en la comunidad del Mesías, la iglesia. Se habían convertido en "hijos de paz". En la iglesia ya no se adiestraban para la guerra. En lugar de prepararse para la guerra, se preparaban para la paz.

La visión profética se estaba cumpliendo en la iglesia. Según estos primeros líderes, la no-violencia era parte auténtica y fundamental del testimonio evangelizador de la iglesia. Debido a que estos primeros cristianos rechazaron la guerra, su actividad evangelizadora demostró ser convincente.



CAPITULO II

Los padres de la iglesia primitiva

Los padres de la iglesia que escribieron inmediatamente después de la era neotestamentaria unánimemente alababan la paz y se oponían a la guerra. Ignacio de Antioquía escribió alrededor del año 110, "Nada hay más precioso que la paz, que pone fin a toda guerra en los cielos y en la tierra".[9] En relación a la violencia en medio de la que vivieron los primeros cristianos él ofreció este consejo, "A sus arrebatos de ira, responded vosotros con vuestra mansedumbre; a su altanería de lengua, con vuestra humildad. Oponed a sus blasfemias, vuestras oraciones; a su extravío, vuestra firmeza en la fe; a su fiereza, vuestra dulzura ... Sólo hemos de esforzarnos en imitar al Señor".[10]

Clemente de Roma escribió alrededor del año 95. En una de sus oraciones, pide que la justicia y la paz reinen y que todos los pueblos se sometan a Dios y a Su Mesías. Luego añade: "Concédenos concordia y paz a nosotros y a todos los que habitan la tierra, como se la diste a nuestros padres que te invocaron santamente en fe y verdad. Concédenos ser obedientes a tu santo y omnipotente nombre y a

nuestros príncipes y gobernantes sobre la tierra".[11]

Policarpo, en un breve compendio de la vida cristiana, escribió, "No devolviendo mal por mal, ni injuria por injuria, ni golpe por golpe, ni maldición por maldición".[12]

Atenágoras, escribiendo alrededor del año 180, expresó la misma visión en su *Defensa de los Cristianos.*[13] También afirmó que la vida humana es sagrada. "No soportamos ni siquiera ver la ejecución de un hombre, aunque esta ejecución sea justa".[14] (Aquí se refería a los espectáculos de gladiadores y fieras que se presentaban en el circo, a las que prohibía asistir a los cristianos).

El aborto y el infanticidio, prácticas comunes de esa época, eran consideradas totalmente fuera de lugar para los cristianos. Esta actitud, por supuesto, implicaba también el rechazo a la matanza producida por la guerra, pues los cristianos se caracterizaban por un profundo respeto por la vida humana.[15] Clemente de Alejandría, que vivió en el mismo período, escribió, "Nosotros, los cristianos, somos una raza pacífica ... pues, no es para la guerra, sino para la paz, que somos adiestrados".[16] Justiniano Mártir, apologista griego que abogaba por la no-violencia, escribió lo siguiente alrededor del año 153: "Los que antes nos matábamos unos a otros, ahora no sólo nos abstenemos de guerrear contra nuestros enemigos, sino que por no mentir ni engañar a nuestros inquisidores, morimos gustosos confesando a Cristo".[17] También escribió de los cristianos:

> Nosotros, que antes estábamos saturados de guerra, de homicidios mutuos y de toda maldad en toda la tierra, hemos transformado los instrumentos bélicos en arados y las lanzas en instrumentos de labranza cultivamos la piedad, la justicia, la caridad, la fe y la esperanza, que

> tenemos de Dios Padre a través de su Hijo, quien fue crucificado.[18]

Justiniano no dudaba en describir a los cristianos como gente de paz. El entendía que la visión profética de Miqueas 4:1-4 había comenzado a cumplirse en la comunidad cristiana. En realidad, Justiniano fue el primero de muchos padres de la iglesia primitiva que compartían esta convicción.

Más adelante en el segundo siglo, Teófilo fue nombrado obispo de Antioquía. El fue el primer escritor con autoridad eclesiástica oficial en expresar la convicción que esta visión profética se cumplía ya en la comunidad de Cristo.[19] Ireneo llegó a ser obispo de la iglesia en Lyon al final del segundo siglo. El también dijo que la visión profética de Miqueas 4 e Isaías 2 ya estaba siendo cumplida.

> Pero si la ley de libertad - es decir, la Palabra de Dios - predicada por los apóstoles (que salieron de Jerusalén) a través de toda la tierra causó tal cambio en el estado de las cosas, al punto que éstas naciones cambiaron sus espadas y lanzas en rejas de arado y ... hoces ..., es decir, en instrumentos útiles para la paz, y que ahora ya no acostumbran pelear, sino que cuando son heridas ofrecen la otra mejilla, entonces los profetas no han hablado estas cosas de ninguna otra persona, sino de El que las ha realizado. Y esta persona es nuestro Señor.[20]

Más o menos en la misma época, Tertuliano, el teólogo cristiano en el norte de Africa, escribió:

> "Volverán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; y no alzará espada nación

> contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra". ¿A quién, pues, se refiere sino a nosotros que plenamente instruídos por la nueva ley observamos estas prácticas - siendo anulada la ley antigua, cuya abolición queda demostrada en la acción misma (la de convertir las espadas en arados, etc.)? Porque la costumbre bajo la ley antigua era vengarse mediante el uso de la espada, sacar "ojo por ojo" y cobrarse venganza por el daño sufrido. Pero la costumbre bajo la nueva ley es la clemencia, y convertir en pacífico el ambiente feroz de "espadas" y "lanzas", y transformar la "guerra" sobre los adversarios y enemigos de la ley en la acción pacífica de "arar" y "cultivar" la tierra.[21]

Unas décadas más tarde, Cipriano, obispo de la iglesia en el norte de Africa y discípulo de Tertuliano, corroboró lo mismo con notable claridad: "Es la voluntad de Dios que el hierro sea utilizado para el cultivo de la tierra, y no para matar".[22]

Más o menos al mismo tiempo, Orígenes, que vivió primero en Egipto y más tarde en Palestina, expresó su sentir en relación a esta visión profética con las palabras siguientes:

> Así pues, a los que nos preguntan de dónde venimos y a quién tenemos por fundador, les respondemos que siguiendo los consejos de Jesús, hemos roto nuestras hostiles e insolentes espadas y las hemos convertido en arados, y en azadones las lanzas de guerra. Pues ya no empuñamos la espada contra pueblo alguno, ni

> aprendemos el arte de la guerra, porque nos hemos convertido en hijos de paz - por Jesús que es nuestro guía.[23]

Estos representativos escritores cristianos escribieron entre los años 150 y 250. Ellos reflejan la visión que aparentemente caracterizaba a la iglesia a través de todo el imperio romano durante este período. Sus escritos provienen de Roma y de Palestina, de Lyon en el sur de Francia y del norte de Africa. Todos reflejan ese mismo sentido de identidad que caracterizaba a la iglesia cristiana, al pueblo de Dios, restaurado en el Mesías.

En este pueblo la visión mesiánica de los profetas ya había comenzado a cumplirse. Eran fieles al ejemplo y a las enseñanzas de Jesús. Su obediencia a Su Espíritu, presente en la iglesia, convirtió esta visión en una realidad en su medio a pesar que el mundo no habría de reconocer su soberanía hasta el día final. Los creyentes no tenían ninguna razón o excusa para ignorar el nuevo camino de la paz que caracterizaba el reino inaugurado por Cristo, el Mesías. Aún después de asumir Constantino el poder del imperio romano los cristianos siguieron escribiendo acerca del cumplimiento de esta profecía entre ellos.

Sin embargo, existieron diferencias fundamentales. Eusebio de Cesarea, cronista y defensor de la fe cristiana bajo el reinado de Constantino, expresó sus convicciones en sus escritos.

> Lo que las profecías predijeron, se ha cumplido fielmente. Los gobiernos independientes han sido destruídos por los romanos; y Augusto se convirtió en el único soberano de todo el universo en el mismo momento en que nuestro Salvador vino a la tierra. Desde entonces,

> ninguna nación ha hecho guerra contra otra nación, y la vida ya no se desperdicia en la confusión que antes reinaba.[24]
>
> [Desde la venida] de Jesús, ya no hay muchos soberanos reinando sobre los pueblos de la tierra.[25]

Según Eusebio, la paz vislumbrada en la visión profética resultó ser la *Pax Romana.* La *Pax Romana* era la paz y el orden logrados por el imperio romano a través de sus legiones armadas.

Atanasio, líder de la iglesia en Egipto, también escribió después de que Constantino asumió el poder. El también hizo referencia a la visión profética de Isaías 2:1-4. Describió la forma en que los griegos y los bárbaros habían sido destruídos por la violencia interna y externa, mas cuando se convirtieron al cristianismo, emprendieron el camino de la paz.

> Pero en cuanto escuchan la enseñanza de Cristo, en lugar de hacer la guerra se dedican a la agricultura, levantan sus manos en oración en lugar de empuñar las armas, y en una palabra, en lugar de atacarse entre sí, atacan al diablo y a los espíritus malos. ... Aquellos que se hacen discípulos de Cristo, en lugar de guerrear entre sí, están firmes contra los demonios haciendo gala de buenos hábitos y de buenas acciones y así los derrotan y se mofan de su capitan, el diablo.[26]

Eusebio y Atanasio, al igual que los escritores anteriores, reconocieron que los cristianos ya vivían en ese reino de paz vislumbrado por los profetas. Sin embargo, esta

visión cambió notablemente después que Constantino se hizo cristiano. Eusebio ajustó la visión profética a la nueva situación proclamando que el Imperio Romano era instrumento de Dios. Y Atanasio limitó el cumplimiento de la profecía a la esfera de la guerra espiritual. De esta manera pudieron sostener la visión profética de paz mesiánica y, a la vez, permitir que los seguidores del Mesías pelearan las guerras del imperio.

En el tiempo de Constantino, las actitudes hacia la guerra ya estaban cambiando en la iglesia. Sin embargo, la iglesia primitiva en general entendió muy bien que no era el deber de los cristianos pelear las guerras del imperio. Estos primeros cristianos interpretaron toda la Biblia a la luz de la ley del amor, revelada con mayor claridad en los Evangelios. Así, podían leer los relatos de guerra del Antiguo Testamento sin justificar su participación en la guerra. Por experiencia, entendieron que su lucha contra el mal era real y que debía pelearse a un nivel distinto y con armas muy diferentes de las que empleaban los legionarios del imperio romano.



CAPITULO III
La idolatría y el servicio militar

Algunos historiadores han sugerido que los primeros cristianos se opusieron al servicio militar debido principalmente a las prácticas idolátricas que caracterizaban el ejército romano. Es indudable que la idolatría fue un problema serio para los cristianos que vivían entre paganos en los primeros siglos. Pablo escribió a la comunidad cristiana en Corinto respecto a lo "sacrificado a ídolos". Unos 150 años más tarde, Tertuliano desde el norte de Africa, escribió su tratado *Sobre La Idolatría.* La idolatría constituyó un conflicto para los primeros cristianos a lo largo y ancho del Imperio Romano. Y este problema se agudizaba aún más para los cristianos que por una u otra razón militaban en el ejército romano.

Así que, además del derramamiento brutal de sangre, la idolatría oficial del ejército romano también fue factor determinante para que los cristianos se negaran a prestar servicio militar. El culto al emperador -forma concreta de idolatría- había evolucionando a través del tiempo. Los griegos antiguos tenían la tendencia de concebir a sus dioses como seres un poco más que humanos, o tal vez,

como grandes hombres. Naturalmente, esto les llevó a considerar a sus héroes más destacados como semi-dioses. Así que, en la práctica, considerar al emperador como divino era reconocer la realidad y grandeza de su poder.

No se trataba de una mera especulación acerca de la naturaleza divina o humana de una persona determinada, sino de lealtades idolátricas. Originalmente, no se exigía al pueblo rendir culto al emperador, práctica que más adelante varió de una parte del imperio a otra. Los judíos, por ejemplo, eran eximidos de estas ceremonias porque chocaban con sus convicciones religiosas. Pero, con el paso del tiempo, ese culto al emperador llegó a convertirse en un gran desafío para los cristianos.

La naturaleza divina del emperador era una cuestión más política que religiosa. El culto al emperador no se ocupaba del mundo venidero. Los que lo adoraban confiaban en su dios-emperador para que los librara de los problemas y los males que los agobiaban en este mundo. Así que, para los romanos, estas ceremonias cúlticas no eran meras formas vacías. Los pueblos antiguos creían que sus gobernantes poseían poderes que ejercían para el bien común.

Pero cuando las ambiciones imperiales crecieron en forma desmesurada, la repugnancia hacia esas pretensiones de divinidad también aumentó. El vago concepto antiguo de que los emperadores eran dioses debido al poder que ejercían siguió creciendo hasta que se les consideró biológicamente divinos. En el año 291 ocurrió un cambió decisivo. Los emperadores oficialmente se proclamaron dioses e hijos de los dioses. Diocleciano proclamó ser hijo de Júpiter. Maximiliano decía ser hijo de Hércules. Y Constantino pretendía ser hijo de Apolo, hasta que abrazó el cristianismo.

Finalmente, llegó el momento cuando el ejército impuso un juramento de lealtad a su emperador-dios. Los cristianos, como era de esperarse, se opusieron a estas pretensiones idolátricas de los emperadores y esto hizo que el servicio militar fuera todavía más objetable para ellos.

El culto al emperador servía para unificar la amplia variedad de grupos étnicos y sociales que componían la población del Imperio Romano. La lealtad al imperio tomó la forma de culto al emperador. Y precisamente en este punto, las lealtades de los cristianos chocaron contra las exigencias del imperio. A menudo se recordaba a los cristianos que tenían que elegir entre dos reinos y dos señores y, para colmo, los títulos que los paganos asignaban a sus gobernantes -tales como salvador o señor- eran los mismos con que los cristianos reconocían a Jesucristo. Este conflicto fundamental en torno a quién es Señor se presentaba más crucialmente en el ejército romano por estar íntimamente ligado al emperador. Los rituales de lealtad patriótica se celebraban regularmente en las ceremonias militares. Y para los cristianos, éstos eran idolátricos.

Por esto, durante las ceremonias militares fue que con frecuencia los cristianos rechazaron participar en lo que para ellos hubiera sido negar su lealtad absoluta a Dios. Y por esto sufrían el martirio. Fue esta situación la que dió ocasión al tratado de Tertuliano *Sobre la corona*, escrito en el año 211. Este es el primer escrito cristiano totalmente dedicado a la cuestión de la participación de los cristianos en el ejército.

Un soldado cristiano rehusó ceñirse a los requisitos de cierta ceremonia militar. A fin de recibir un bono otorgado por el emperador, los soldados tenían que presentarse con

uniforme militar de gala, que incluía lucir sobre su cabeza una corona militar hecha de hojas de laurel. Este rebelde, cuyo nombre desconocemos, rehusó, debido a sus convicciones cristianas, llevar la corona en su cabeza. En lugar de ponérsela, la llevaba en la mano. Fue arrestado por su ofensa contra el ritual militar y, presumiblemente, fue ejecutado.

En su tratado, Tertuliano indirectamente reconoció que algunos cristianos estaban prestando servicio militar y los acusó de "servir a dos señores". Tertuliano también lamentaba que algunos cristianos de su época sólo consideraran ese incidente como "una mera cuestion formal" descuidando así su compromiso cristiano para evitar la persecusión.[27]

Pero más importante que la corona militar de laurel, y que las prácticas idolátricas era la cuestión de:

> Si el servicio militar conviene a los cristianos. ¿Qué sentido tiene discutir una cuestión puramente accidental, cuando la realidad en que está basada debe ser condendada? .. ¿Es admisible vivir de la espada, cuando el Señor declara que el que tome la espada a espada perecerá? ¿Y tomará parte en la guerra un hijo de paz cuando ni siquiera debe entablar juicio contra su prójimo? ¿Y detendrá, encarcelará, mutilará, torturará, y ejecutará alguien que ni siquiera toma venganza por el mal que a él mismo se le ocasiona? ... El solo hecho de llevar el nombre del campo de luz al de las tinieblas es una violación del mismo.[28]

Por supuesto, Tertuliano reconocía que un soldado en servicio activo en el ejército romano podía llegar a la fe.

Y a pesar de que citó los ejemplos de los soldados que se acercaron a Juan Bautista y los centuriones que aparecen en las páginas del Nuevo Testamento, Tertuliano fue muy enfático al decir:

> Cuando un hombre se convierte en creyente y su fe es sellada, tiene dos opciones: abandonar inmediatamente el servicio militar, como muchos lo han hecho, o buscar toda suerte de argucias a fin de no ofender a Dios, y eso no se permite ni siquiera fuera del servicio militar. ... Tampoco ofrece el servicio militar un escape del castigo por sus pecados. ... En ningún lugar puede un cristiano ocultar su carácter... Porque si uno es obligado a ofrecer sacrificio y negar completamente a Cristo por la presión de tortura o castigo... una excusa de este tipo derrumba toda la esencia de nuestro sacramento.[29]

Cuando se reconocía lo ilegal del servicio militar para un cristiano, entonces las cuestiones secundarias de la corona militar y las ceremonias idolátricas perdían importancia. Al señalar que el problema es la vida militar misma, y no la corona ceremonial, Tertuliano no negó que la idolatría constituía un problema. En realidad expuso el problema en su contexto más amplio. La idolatría no consiste meramente en los aspectos rituales, pues la vida militar misma es idolátrica porque en ella el emperador usurpa el lugar del Señor.

La protesta cristiana contra la idolatría era mucho más amplia que la simple cuestión de rendir culto al emperador. El siguiente incidente nos ofrece un ejemplo.

En el año 259, cierto gobernador español ejecutó a su

obispo Fructuoso, quemándole en la hoguera en el anfiteatro de Tarragona. En su proceso, aún antes que surgiera la cuestión del culto al emperador, el gobernador le preguntó: "¿Conocías las órdenes del emperador?"

El obispo respondió, "No reconozco sus órdenes. Yo soy cristiano." Y, luego, cuando Fructuoso rehusó participar en el rito idolátrico de ofrecer sacrificio al emperador, el gobernador explotó, "¿Quién, entonces, será obedecido, quién será honrado, si la gente rehusa adorar a los dioses y rendir homenaje a los emperadores?"[30]

No todos han reconocido el carácter esencialmente religioso de la vida militar. Era así en el ejército romano y hasta cierto punto, así es también en los ejércitos modernos. La religión jugó un papel fundamental en propiciar la cohesión y disciplina que dieron el éxito al ejército romano. Los líderes modernos siguen manteniendo la cohesión y la efectividad de sus sistemas militares mediante el poder amalgamador de ritos y tradiciones. Y éstos no son sencillos componentes neutrales del sistema.

La vida en el ejército romano tenía una estructura religiosa que afectaba prácticamente todo lo que hacía. Separaba el mundo militar de la vida común y a los soldados de los civiles. Fuertes muros separaban los destacamentos militares del mundo exterior. El ejército proveía sus propios modelos de lo que un buen soldado debe ser. Enseñaba el respeto a los dioses y a sus representantes, los emperadores. Ofrecía una serie de divinidades abstractas que servían de inspiración a la vida militar, tales como el honor, la virtud, la lealtad, la justicia, y la disciplina. También brindaba recursos para controlar el temor natural al dolor y a la muerte. Las ceremonias y los ritos religiosos ofrecían distracción contra el temor y una base de esperanza, de victoria.

Entre los elementos religiosos del ejército romano encontramos su respeto por los estandartes y símbolos de la legión. Entre éstos, el principal era el águila, símbolo de Júpiter, protector del imperio. También practicaban ceremonias y presentaban ofrendas para recibir protección personal contra el peligro y por las victorias ganadas.

El juramento militar, o sacramentum, se prestaba al ingresar a las filas de la legión, y luego se repetía a intervalos regulares. El juramento implicaba lealtad y obediencia absolutas al emperador. También se juraba ante los estandartes de la legión, ya que éstos eran símbolos de la autoridad militar. En realidad, existía hasta una especie de calendario litúrgico militar que prescribía todas las fiestas religiosas militares con sus respectivas ceremonias y sacrificios.

Esta religión militar romana funcionó efectivamente para conservar las tradiciones antiguas y para desarrollar un fuerte espíritu nacionalista en el ejército. Los reclutas procedían de todos los ámbitos del imperio y llegaban con una muy diversa orientación religiosa (incluyendo la cristiana). La religión militar imprimía en todos estos nuevos soldados los valores romanos sociales, políticos, militares y morales.

Cuando Constantino se hizo cristiano en el siglo IV, no desapareció esta religión militar. Naturalmente, algunos de los términos fueron cambiados y los conceptos y prácticas fueron modificados. Pero esta religión militar persistió con las mismas formas y funciones básicas de antaño.

Aunque los emperadores toleraban la religión cristiana, y más tarde llegaron a establecerla oficialmente, la idolatría del ejército siguió siendo problema para los cristianos. La

idolatría era mucho más amplia que los ritos simbólicos en sí. El problema continuó existiendo en un nivel más profundo - nivel percibido nítidamente por Tertuliano y muchos cristianos más de la época.

La interrogante en verdad seguía siendo, "¿Es conveniente que los cristianos presten servicio militar?" El ejército - y toda otra institución en la que no pueda confesarse a Jesús como el único Señor - , por su propia naturaleza era idólatra. Así que el servicio en el ejército romano y en los ejércitos de las naciones modernas tienen en común el reemplazar a Dios como rey.



CAPITULO IV
La legión "Fulminadora"

La primera evidencia firme de la existencia de cristianos en el ejército romano ocurre alrededor del año 173 después de Cristo. Eusebio registra el incidente en su "Historia de la Iglesia",[31] fechada en el año 323. Sin embargo, es posible que el relato sea más legendario que histórico.

Marco Aurelio, emperador romano, estaba luchando contra los alemanes y los sarmacianos en la ribera del río Danubio. Su ejército lo había formado tomando soldados de la duodécima legión destacada en la parte oriental del imperio. Según el relato, en el fragor de la batalla los soldados sufrían de una angustiosa escasez de agua.

A esta altura, los legionarios clamaron a Dios que los salvase, y obtuvieron resultados sorprendentes. Inmediatamente, se desató una tormenta. Los relámpagos y truenos pusieron en precipitada fuga al enemigo, mientras que las lluvias refrescaron a soldados imperiales. Después de esta liberación milagrosa en respuesta a sus plegarias, la legión fue denominada "La Fulminadora" *(fulminatrix)*.

Apolinario, obispo de Hierápolis, originalmente registró

el incidente. Debido a que él lo relató al emperador Aurelio en defensa de los cristianos, muchos lo consideran verídico. Unos veinticinco años más tarde, Tertuliano hizo referencia a este incidente en su informe al emperador de su tiempo, Séptimo Severo. Es muy probable que algunos cristianos hayan formado parte de la duodécima legión, ya que fue reclutada en una región donde el cristianismo era fuerte. Un historiador secular de la época, Cassio Dio, relata otra versión del evento. El atribuyó la salvación de la duodécima legión a la intervención de un mago egipcio que acompañaba al emperador. El obelisco levantado en Roma en el año 176 en honor a Marco Aurelio, presenta la tormenta en tres escenas. En la primera, Marco Aurelio ora de rodillas a Júpiter, el dios de la lluvia. En la segunda, Júpiter descarga rayos y truenos sobre el enemigo. Y en la tercera, la lluvia refrescante cae sobre la legión.

Estas divergencias en el relato nos hacen sospechar su carácter legendario. La duodécima legión, denominada *la fulminata*, ya se conocía en la época de Augusto Cesar (28 AC a 14 DC). Fue conocida bajo este nombre mucho antes de la milagrosa liberación descrita por Eusebio. En lugar de ser llamada la legión fulminadora *(fulminatrix)*, era llamada literalmente la legión fulminada *(fulminata)*, probablemente porque en sus comienzos su campamento había sido alcanzado por un rayo. Aún en el caso de haber algunos cristianos en la legión, es sumamente dudoso que la legión entera estuviera integrada por cristianos. Estos escritores intentaban presentar ante las autoridades imperiales a los cristianos en la forma más favorable posible. Esto se aplicaba especialmente a Eusebio. Por eso, es muy probable que él haya retocado considerablemente la historia.

A lo sumo, este relato sólo sugiere la posible presencia de cristianos en el ejército romano durante esa época. Sólo podemos especular cómo llegaron allí. ¿Eran soldados que habían llegado a ser cristianos a través del testimonio evangelizador de la iglesia? ó ¿eran cristianos que se enlistaron en el ejército por una razón u otra?

Es muy probable que la presencia de cristianos en el ejército evolucionó de la manera siguiente. Primero, hubieron soldados que se convirtieron en cristianos, y luego, hubieron cristianos que se hicieron soldados. Esta narración y otras advertencias contra el servicio militar comenzaron a aparecer entre los escritos cristianos hacia fines del segundo siglo. Muestran que la participación de cristianos en el ejército romano estaba comenzando a preocupar a la iglesia.

Sin embargo, debemos ejercer cierta cautela en nuestra evaluación de esta evidencia. Alrededor del año 178, el filósofo pagano Celso, escribió un tratado titulado *Discurso Verdadero*. Este es el más antiguo ataque literario que conocemos contra los cristianos. A la par que alabó algunos aspectos de la doctrina cristiana y su elevado código moral, atacó sin misericordia otros aspectos del cristianismo. Entre éstos estaba el no conformarse al estado y a sus demandas sobre los ciudadanos. El insistía que esto minaba la fuerza del estado y su voluntad para resistir a sus enemigos.

Celso apremiaba a los cristianos "a ayudar al rey con todas sus fuerzas ... a colaborar con él en el ejercicio de la justicia, a luchar por él, y si fuera necesario, a pelear bajo su mando, o a dirigir un ejército junto a él".[32] Celso se quejaba que los cristianos eludían sus deberes cívicos al rehusar tomar parte en la vida pública o militar. Unos

sesenta años más tarde Orígenes respondió afirmando que los cristianos que rechazan el servicio militar, "ayudan más al emperador que quienes van al campo de batalla a pelear por él".[33]

Por lo tanto, es posible que Celso no haya conocido a ningún cristiano dispuesto a prestar servicio militar. El escribió: "si todo el mundo hiciera lo mismo, no habría nada que evitara que [el rey] fuera dejado absolutamente solo y desamparado, y que las fuerzas del imperio cayeran en manos de los más salvajes e inicuos bárbaros".[34]



CAPITULO V
Tertuliano

(160 al 230 DC)

Tertuliano, fue uno de los primeros cristianos en escribir extensamente sobre las actitudes de la iglesia primitiva respecto a la guerra y el servicio militar. Era oriundo de Cartago, en el norte de Africa.

Siendo pagano estudió leyes y luego probablemente se trasladó a Roma. Se convirtió en cristiano cuando tenía unos 35 o 40 años. Volvió entonces a su ciudad natal donde se convirtió en apasionado defensor del camino cristiano. Parece que desde el mismo día de su conversión, tomó muy en serio su compromiso con Cristo.

En protesta contra la creciente laxitud moral en la iglesia, se unió al movimiento de renovación montanista, durante los últimos 15 años de su vida. Sus escritos cubren un período de aproximadamente 25 años, desde el año 197 hasta el 224. Desde el principio hasta el fin, protestó enérgicamente contra la presencia de los cristianos en el ejército romano.

En el año 197 escribió su *Apología* para defender a los cristianos de la acusación de ser anti-sociales. El escribió:

> Surgimos sólo ayer, y ya hemos saturado todo lugar - ciudades, islas, fortalezas, pueblos,

> mercados, cuarteles, tribus, compañías, palacio, senado, y foro. No les hemos dejado nada mas que el templo de sus dioses. ¿Para qué guerras, no estaríamos preparados ... si nuestra religión no nos enseñara que es mejor morir que matar?[35]
>
> Así que nosotros morando junto a ustedes en el mundo, no rechazamos ni el foro, ni el bullicio, ni los baños públicos, ni las oficinas, ni el culto, ni la posada, ni el mercado semanal, ni ningún otro lugar de comercio. Navegamos con ustedes, *luchamos con ustedes*, y cultivamos la tierra con ustedes.[36] (itálicas mías)

Escritos comos éstos nos proporcionan la evidencia más certera de la presencia de cristianos en el ejército romano durante las últimas décadas del segundo siglo. Clemente de Alejandría, escribiendo más o menos en los mismos años, lo expresó en términos semejantes.

> Cultiva la tierra, decimos, si eres agricultor; pero reconoce a Dios en tu labranza. Navega por el mar, si amas navegar; pero clama siempre al timonel celestial. ¿Eras soldado en servicio activo cuando el conocimiento de Dios vino sobre tí? Escucha entonces, al Comandante que da órdenes de justicia.[37]

Algunos han dicho que, de esta manera, Clemente aprobó que los cristianos prestaran servicio militar. Sin embargo, la mejor interpretación de sus palabras probablemente apunta en la dirección opuesta. El soldado que se convierte en creyente pasa de la autoridad del comandante humano a la obediencia del Comandante verdaderamente justo.

Aunque el servicio militar fue una realidad en el contexto social del tiempo en que vivió Clemente, él no lo aprobó para los cristianos. Pero tanto Clemente como Tertuliano, registran en sus escritos que los cristianos ya prestaban servicio militar en su tiempo.

Los escritos de los padres de la iglesia primitiva no son muy claros en cuanto a la relación entre la iglesia y la sociedad. La iglesia, por supuesto, está cimentada en el amor y la paz, mientras que la sociedad, en última instancia, depende del poder militar. Tertuliano, sin embargo, fue enfático en su oposición a la violencia. El párrafo siguiente, tomado de su *Sobre la idolatría*, escrito alrededor del año 211, presenta con claridad su posición.

> Mas ahora, la cuestión es si un creyente puede hacerse soldado y si un soldado puede ser recibido en la (comunidad de) fe, aún cuando no sea más que un soldado raso que no tiene que tomar parte en los sacrificios ni ejecutar la pena capital. No son compatibles el sacramento divino y el humano (es decir, el juramento militar), el estandarte de Cristo, y el estandarte del diablo, el campamento de la luz y el campamento de las tinieblas. Nadie puede servir a dos amos - Dios y Cesar. Moisés, por cierto, portaba una vara; Aaron llevaba un cinturón militar, y Juan se ceñía con un cinto de cuero (es decir, como un soldado); y si uno realmente quiere jugar con este asunto, Josué, el hijo de Nun, comandó un ejército y el pueblo peleó guerras. ¿Pero cómo puede un cristiano ir a la guerra? Es más, ¿cómo puede servir en tiempos de paz sin la espada, que el Señor le ha

> quitado? Pues aún cuando los soldados que vinieron a Juan recibieran consejos en cuanto a su actuación, y aun cuando el centurión se convirtió en creyente, el Señor al desarmar a Pedro, desarmó a todo soldado. Ningún uniforme es lícito entre nosotros, si es utilizado para una acción ilegal.[38]

Tertuliano se opuso al servicio militar por razones religiosas, debido a los sacrificios idolátricos. Se opuso por razones morales, porque el ejército ejecuta la pena capital. También se opuso porque es parte de un sistema en lucha contra Dios - "el campamento de tinieblas". Muchos han argumentado que los primeros cristianos se oponían al militarismo por no querer participar en la idolatría del ejército. Aunque ésta era una razón importante en su oposición, no era ni la única, ni la más importante. La oposición de la iglesia al militarismo era también moral. Y aún más, fue sistemática. La base moral que tuvo Tertuliano para rechazar el militarismo se manifiesta claramente en su sensibilidad y su respeto por la vida humana. Esta preocupación aparece tanto en forma implícita, como explícita en sus escritos.

Tertuliano creía firmemente que el ser humano es el objeto primordial de la creación de Dios — pues lleva en sí la imagen divina.[39] Por lo tanto, la vida de una persona es preciosa. La más humilde persona viviente, tiene más valor que el más grande de los muertos.[40]

Los sangrientos espectáculos que los romanos celebraban en honor a Júpiter eran especialmente repugnantes para Tertuliano. Aunque fueran criminales los que eran devorados por las fieras, Tertuliano insistía que era un espectáculo absolutamente vergonzoso y denigrante. El

segar una vida humana siempre constituye un asesinato.[41] Tertuliano insistía que los cristianos son todos hermanos y hermanas, no solamente entre sí, sino de la humanidad entera. Por lo tanto, al actuar sin fraternidad hacia el prójimo, se corre el riesgo de dejar de ser humano.[42]

La realidad de ser miembro de la familia humana universal, era parte del argumento de Tertuliano contra el servicio militar. En la cita siguiente muestra la vacuidad de cualquier victoria militar y su efecto nocivo sobre los que participan en ella.

> El laurel del triunfo ¿está tejido de hojas, o de cadáveres? ¿es adornado con listones, o con féretros? ¿es ungido con perfumes, o con las lágrimas de esposas y madres? Y tal vez también de algunos cristianos, porque Cristo también está entre los bárbaros. ¿No ha luchado contra sí mismo el que lleva la corona sobre su cabeza?[43]

Tertuliano insistía que matar a una persona es un crimen contra Dios, inspirado por el mismo diablo. Por esta razón, los cristianos rechazan tanto el aborto como la pena capital. Aunque los condenados a la muerte sean criminales, todavía siguen siendo personas.[44] Tertuliano también observaba la ironía de salvar la vida del feto o del asesino condenado, para luego sacrificar sus vidas en la guerra.[45] El sabía que los cristianos habrían de sufrir por oponerse a estas expresiones de violencia. Pero este sacrificio propio, requerido de todos los que participan en la "guerra del Cordero", conduce a la verdad y a la vida eterna.[46]



CAPITULO VI
Orígenes

(185 - 254 DC.)

Orígenes, fuerte líder cristiano originario de Alejandría, vivió y trabajó en Palestina durante los últimos 24 años de su vida. En su juventud su madre lo salvó del martirio, escondiendo su ropa para que no pudiera salir a la calle en un momento de peligro. En el ocaso de su vida, fue encarcelado y cruelmente torturado. Después de esta dolorosa experiencia sobrevivió sólo por unos cuantos años.

No hubo discrepancia alguna entre la teología y la práctica de Orígenes. Fue un destacado maestro y uno de los más elocuentes defensores de la paz y la no-violencia en la iglesia primitiva.

Como hemos anotado ya, Orígenes estuvo entre los escritores cristianos primitivos que afirmaron la visión de Isaías 2:1-4. Orígenes vió el cumplimiento de esta visión profética del reinado de Dios en el surgimiento de una comunidad mesiánica de paz dirigida por el Mesías. El respondió a Celso, adversario pagano de la iglesia primitiva, que los cristianos son por naturaleza amantes de la paz. Jesús había prohibido terminantemente segar la vida de

otros seres humanos.

> El legislador de los cristianos ... nunca enseñó que fuera lícito para sus discípulos ser violentos con nadie, ni aún con los perversos ... los cristianos ... fueron enseñados a no vengarse de sus enemigos.[47]

Celso se quejaba que los cristianos estaban faltando a sus responsabilidades cívicas al rehusar participar en el proceso político y en el servicio militar. La respuesta de Orígenes refleja su actitud frente a estas cuestiones.

> Celso nos exhorta "a ayudar al emperador con todas nuestras fuerzas, a colaborar con él en la preservación de la justicia, a combatir por él; y si fuera necesario, a pelear bajo sus órdenes, o a comandar tropas". A esto respondemos que nosotros, si la situación lo demanda, sí ayudamos al rey y nuestra ayuda es divina, pues nos vestimos con toda la armadura de Dios. Y lo hacemos en obediencia al precepto apostólico que dice: "Os exhorto, pues, primeramente que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad".

> Y cuanto más piadosa es la persona, tanto más eficaz es su servicio para el rey, servicio mucho mayor que el que le prestan los mismos soldados que salen a pelear y a matar a cuantos enemigos pueden ... Pues aún cuando estalle una guerra, jamás hacéis de los sacerdotes soldados. Si esta es pues una costumbre encomiable, con cuánta más razón, cuando

> otros salen a la guerra también los cristianos luchan como sacerdotes y servidores de Dios, manteniendo puras sus manos, luchando en oración ante Dios a favor de los que combaten por una causa justa, y por el rey que reina con justicia, para que sea destruido todo lo que se opone a los que obran con justicia. Y nosotros, con nuestras oraciones destruimos a todos los demonios, que son los que incitan las guerras, violan lós tratados y perturban la paz. En ésta forma somos mucho más útiles al rey que los que salen a combatir por él.
>
> También participamos en los asuntos públicos, cuando a nuestras oraciones añadimos la autodisciplina y la meditación que nos enseñan a despreciar los placeres y a no dejarnos arrastrar por ellos. Nadie lucha mejor por el rey que nosotros, porque, aunque no salimos con él a pelear—aún cuando se nos obligue— luchamos a favor suyo reuniendo nuestro propio ejército —un ejército de piedad— al ofrecer nuestras oraciones a Dios.[48]

La respuesta de Orígenes a Celso reune varias de las actitudes hacia la guerra sostenidas por la iglesia primitiva. Primero, Orígenes no negó, ni modificó la observación de Celso - que los cristianos rehusan participar en la guerra. Orígenes había viajado extensamente visitando las iglesia y conocía muy bien el movimiento cristiano. Al escribir alrededor del año 250, probablemente conocía de algunos pocos casos de cristianos que servían en el ejército romano. Sin embargo, habló en nombre del sector más amplio de la iglesia al defender lo correcto de la oposición a la guerra

de parte de los cristianos primitivos.

Segundo, Orígenes respondió directamente a la acusación de Celso - que los cristianos eran irresponsables e irrelevantes en su participación social. Insistió que la iglesia puede brindar a la sociedad su mejor contribución siendo sencilla y plenamente iglesia. Esto implicaba el resistir la presión de tomar parte en la violencia para establecer la paz y el orden en la sociedad. También sugería la existencia de una comunidad caracterizada por una vida justa y disciplina interna.

Tercero, Orígenes también invitaba a los cristianos a participar en el combate - pero en otro nivel. Los cristianos primitivos compartían el concepto que el mal social es, en esencia, una realidad demoníaca. Por lo tanto, hay que combatirlo por medio de los recursos espirituales de la oración y de la resistencia no-violenta. Esta guerra espiritual no sustituye la responsabilidad social, ni las relaciones interpersonales justas entre los cristianos. Es, mas bien, la alternativa cristiana a la violencia física de la guerra.

Es indudable que Orígenes no intentó responder a todas las objeciones en este breve pasaje. Puede deducirse por sus afirmaciones que es la voluntad de Dios que el estado recurra a la violencia para mantener el orden social justo. Se observa cierta tendencia apologética en la defensa que hace Orígenes de los cristianos. Como minoría en la sociedad, Orígenes querría pintarlos a la mejor luz posible ante la mayoría pagana del imperio romano.

El punto es que Orígenes prohibe a los cristianos participar en tal violencia. Probablemente creía que Dios quiere que toda la humanidad se someta al gobierno divino, eliminando así, la necesidad de la violencia. Orígenes no manifestó si

es correcto usar la violencia antes que todos se sometan al gobierno de Dios.

Finalmente, Orígenes se refiere al sacerdocio de los cristianos. Por medio de su pureza y de sus oraciones a Dios, los cristianos " luchan a favor de los que combaten por una causa justa". Algunos argumentan que con ésto Orígenes admite que las guerras del emperador pueden ser justas y necesarias, especialmente si el emperador es justo. Así los cristianos comenzaron a justificar su participación en las guerras que se consideraban justas.

Sin embargo, Orígenes no es responsable de esta conclusión. El estaba respondiendo a Celso quien pensaba que la causa del emperador pagano era justa. Orígenes dijo que los cristianos —por su no-violencia y sus oraciones— contribuyen al bien común aún bajo el reinado de emperadores paganos.



CAPITULO VII

La tradición apostólica de Hipólito

(170 - 236 DC)

Hipólito fue un maestro prominente en la iglesia de Roma. Al igual que su contemporáneo Tertuliano, fue denodado defensor de la moralidad dentro de la iglesia. Resistió tenazmente las prácticas idolátricas y otros valores falsos de la sociedad romana, que los cristianos de su época comenzaban a aceptar más y más. Parece que estuvo en desacuerdo con la iglesia romana al oponerse decidamente a dos de sus obispos y a sus enseñanzas. Más tarde, el emperador Maximiliano le condenó al exilio, juntamente con el papa Ponciano.

La Tradición Apostólica fue una de las primeras y más importantes órdenes eclesiásticas de la iglesia cristiana primitiva. Muchos creen que Hipólito la escribió, ya que su contenido es compatible con lo que sabemos de su actitud en general. *La Tradición Apostólica* parece haber expresado el consenso de la iglesia primitiva. Sirvió de

modelo para otras órdenes eclesiásticas que surgieron en otras partes del imperio durante los dos siglos siguientes. Representa la doctrina de la iglesia en Roma alrededor del año 200 DC.

Varios artículos del documento enumeran oficios o profesiones que no podían ejercer los candidatos a membresía de la iglesia. Entre éstos están los propietarios de casas de prostitución, actores, los que participaban en el circo, los gladiadores, y los fabricantes o encargados de ídolos. También prohibía la prostitución, tanto de mujeres como de varones; y excluía de la comunión de la iglesia a magos, astrólogos y a todos los que persistieran en cualquier forma de inmoralidad. En tres artículos cubre la cuestión de la actitud de la iglesia hacia la guerra.

> 17) Un soldado de rango inferior no debe matar a nadie. Si se le ordena matar, no debe obedecer. Tampoco prestará juramento. Si no está dispuesto a aceptar esto, que sea despedido.
> 18) Cualquiera que ejerza el poder de la espada, o el magistrado de la ciudad que se vista de púrpura, que renuncie, o que sea despedido.
> 19) Los catecúmenos o creyentes que quieran ser soldados serán despedidos, porque han despreciado a Dios.[49]

La Tradición Apostólica denuncia, además de la inmoralidad y la magia, la idolatría y la violencia que provocan la muerte. En realidad había una relación estrecha entre las dos, tanto en los espectáculos del circo, como en el ejército. También había una relación entre las luchas de los gladiadores y la guerra. En tiempos de paz, los romanos alimentaban el espíritu bélico por medio de estos espectáculos sangrientos.

Algunos han sugerido que la prohibición de matar en la *Tradición Apostólica* se refiere a la ejecución de criminales en la arena (pena capital). El contexto pareciera apuntar en esta dirección más que al matar en la guerra. Sin embargo, esta prohibición indudablemente se aplica a toda forma de matar.

Estar enlistado en el ejército romano no siempre implicaba combatir o ejecutar castigos. Otras funciones del ejército eran el mantenimiento de los caminos, el transporte del correo, la vigilancia, y otras formas de servicio civil. Por eso, los soldados que rehusaban matar y prestar el juramento militar podían permanecer en el ejército. El prestar juramento militar, sin embargo, implicaba más que participar en la ceremonia de ingreso al ejército. El juramento militar era un aspecto fundamental de la vida militar, que se prestaba por lo menos tres veces al año. Era elemento esencial de los ritos idolátricos que caracterizaban al militarismo romano. El artículo 17 de la *Tradición Apostólica* parece contemplar la situación del soldado que se ha convertido a la fe. El artículo 19, sin embargo, prohibe que los creyentes se vuelvan soldados.

El liderazgo de la iglesia reconocía que los cristianos no debían servir en el ejército, pero algunos lo hacían. A estas personas se les ordenaba que no mataran, pero a veces lo hacían. La iglesia condenaba tal conducta, y los que así pecaban podían ser readmitidos a la comunión únicamente si se arrepentían de su pecado.

La violencia militar era prohibida a los cristianos. Es más, la violencia legal civil, tal como la que un magistrado ordena ejecutar contra cualquier persona, también era prohibida para los cristianos.

Estas prohibiciones de prestar servicio militar estuvieron vigentes por más de dos siglos en las órdenes eclesiásticas redactadas en Etiopía, Siria y Egipto. Después que Constantino abrazó el cristianismo, los creyentes comenzaron a acomodar su conducta a la nueva situación política. Pero aún entonces, las primeras prohibiciones respecto al servicio militar y a matar siguieron apareciendo en las órdenes eclesiásticas de la época. Sin embargo, al pasar el tiempo, fueron siendo añadidas excepciones a estas prohibiciones.



CAPITULO VIII
Los mártires militares

MARINO

A medida que el número de cristianos enlistados en el ejército romano aumentó, el número de los que sufrieron martirio también aumentó.

Eusebio registra el martirio de Marino, de Cesarea en Palestina, alrededor del año 260. Pertenecía a una familia ilustre y acaudalada. Como soldado en el ejército romano, fue condecorado por sus destacados servicios y había sido recomendado para el rango de centurión. A esta altura, otro candidato para el mismo puesto acusó a Marino de ser cristiano y de rehusar rendir culto al emperador, lo que le descalificaba para el ascenso.

Al ser confrontado con esta acusación, Marino inmediatamente admitió ser cristiano. Su comandante le otorgó un receso de tres horas para considerar la cuestión de su lealtad. Durante este receso, su obispo le llevó a la iglesia local y lo colocó frente al altar. Señalando la espada que Marino llevaba, el obispo le dio la opción de elegir entre su arma y un ejemplar de los Evangelios que él

sostenía en las manos. De acuerdo al relato, Marino inmediatamente escogió el Evangelio y enfrentó gustoso el martirio.[50]

La descripción que nos ofrece Eusebio de este incidente contiene, sin duda, elementos legendarios. Pero sirve para demostrar que por este tiempo algunos soldados se estaban haciendo cristianos. También muestra que la iglesia a menudo los obligaba a decidir entre dos lealtades. Podían participar en los ritos idolátricos exigidos por el ejército romano, o convertirse en mártires por Cristo, como consecuencia de su testimonio. La mayor parte de los casos de soldados mártires ocurrieron durante la intensa persecución sufrida durante el reinado de Diocleciano (284-305). Eusebio, contemporáneo de estos acontecimientos, registró que la persecución comenzó con los cristianos en el ejército. A juzgar por su informe, habría un número considerable de cristianos en el ejército romano a esta altura de la historia.[51]

MAXIMILIANO

El 12 de marzo del año 295, Maximiliano, siguiendo los dictados de su conciencia, rehusó ingresar al ejército en el norte de Africa. Según *Las Actas* del proceso judicial,[52] Maximiliano, joven de 21 años, fue citado juntamente con su padre al foro. Cuando el procónsul inquirió el nombre del joven para enlistarlo, Maximiliano le respondió, "¿Por qué quieres saber mi nombre? No puedo servir en el ejército porque soy cristiano".

El oficial insistió, "Prepárenlo". Al comenzar el proceso, Maximiliano respondió de nuevo, "No puedo servir. No puedo pecar. Soy cristiano". Pero aún así, se tomaron las medidas y el procónsul ordenó que se le entregase el sello

militar. Pero Maximiliano siguió resistiendose, y respondió una vez más, "¡No lo haré! ¡No puedo servir!"

"¡Sirve, o morirás!" amenazó el procónsul.

"No serviré", respondió Maximiliano. "Me puedes cortar la cabeza, mas no serviré a este mundo; sólo serviré a mi Dios".

Después de intentar convencerle mediante promesas, el procónsul le ordenó, "¡Decídete a servir en el ejército y recibe el sello militar!"

"No recibiré el sello", respondió Maximiliano. "Ya tengo el sello de Cristo". Y resistiendo sus amenazas, añadió, "No aceptaré el sello de este mundo. Si me lo das, lo romperé - ¡yo soy cristiano! ¡No puedo llevar este pedazo de plomo alrededor de mi cuello después de haber recibido el sello de salvación de Jesucristo, mi Señor!"

Después de más amenazas y órdenes infructuosas, el procónsul dijo, "Hay (otros) soldados que son cristianos, y ellos sirven en el ejército".

A esto, Maximiliano respondió, "Ellos sabrán lo que es mejor para ellos. Pero yo soy cristiano, y no puedo hacer el mal".

El procónsul respondió entonces, "¿Qué mal hacen los que sirven en el ejército?"

Maximiliano contestó sencillamente, "Pues, ¡tu sabes lo que hacen!"

Nada lograron las amenazas y Maximiliano fue sentenciado morir a espada. En algunos de los manuscritos de las *Actas* del proceso judicial, faltan las últimas dos frases. Estas constituyen una declaración clara de la oposición de Maximiliano al servicio en el ejército romano. Maximiliano

murió por sus conviccíónes. Irónicamente, la iglesia lo ha honrado como mártir, pero rechaza la postura de Maximiliano en su enseñanza moral oficial.

Varios aspectos se destacan en este relato. Primero, Desde el principio Maximiliano insistió que rehusaba ser enlistado en el ejército romano porque, siendo cristiano, no podía servir como soldado *(militare)*. Muchos han sostenido que su objeción al servicio militar se fundamentaba en su rechazo a la idolatría. Uno se involucraba en la idolatría al recibir el sello del emperador y participar en las prácticas del ejército. Sin embargo, la cuestión del sacrificio (al emperador o a los ídolos) no es mencionada en ninguna parte del proceso. Maximiliano manifestó su objeción al servicio militar antes de que surgiera la cuestión de recibir el sello.

Además, la idolatría implícita al recibir el sello y la vida del ejército romano, iba mucho más allá que la cuestión ritual. Rehusó el sello imperial porque había ya recibido el sello de Cristo. El contraste era entre "el sello de este mundo" y "el sello de la salvación de Jesucristo ... a quien todos los cristianos servimos; le seguimos como el Príncipe de Vida". De manera que, no era cuestion de prácticas idolátricas formales, sino de rechazar todo un sistema que se fundamentaba en lealtades idólatras. El ejército romano era parte de este sistema. El concepto de dos reinos caracterizado por la lealtad a dos amos había prevalecido desde los tiempos del Nuevo Testamento.

Maximiliano fue sepultado al lado de la tumba de Cipriano en Cartago. Así fue que, este "objetor de conciencia" del militarismo romano fue honrado al ser enterrado junto al sepulcro de Cipriano, quien, a su vez, había sido discípulo de Tertuliano. Cipriano mismo había sido un elocuente

defensor de la paz y severo opositor del servicio militar.

MARCELO

Marcelo era centurión en la séptima legión del ejército romano destacada en España. Fue arrestado en el año 298 por haber arrojado al suelo su cinturón y espada frente a la bandera del imperio durante un desfile militar. Al ser llevado ante el gobernador, Marcelo declaró: "Respondí públicamente y ... confesé que era cristiano y ...que no podía luchar bajo ningún otro juramento, sino solamente por el del Señor Cristo Jesús".

Debido a que la ofensa de Marcelo era tan grave, su caso fue llevado a la suprema corte en Tánger, al otro lado del estrecho de Gibraltar. Cuando el prefecto romano le interrogó, Marcelo confesó haber tirado sus armas al suelo. "Porque no es justo que un cristiano que lucha por Cristo, su Señor, sea un soldado conforme a las brutalidades de este mundo".[53] Fue condenado a morir a espada.

La historia de Marcelo también enriquece nuestra comprensión acerca de la actitud de los primeros cristianos hacia el servicio militar. Marcelo debe haber sido soldado durante un período relativamente prolongado para poder haber ascendido al rango de centurión de la primera cohorte de la séptima legión destacada en España. No sabemos cuándo ocurrió la conversion de Marcelo. Pero este conflicto de lealtades le perturbó, y aunque fuera soldado, era sobre todo cristiano.

El cinturón y la espada eran símbolos de la vida militar romana. Tirarlos al suelo era un gesto simbólico de protesta contra la religión y el ejército imperial. Pero más allá del rechazo a estos ritos idólatras, estaba el concepto subyacente de una ciudadanía en otro reino y del servicio

a otro señor. Marcelo había llegado a la convicción de que servir en el ejército romano era "ser un soldado según las brutalidades de este mundo". Como soldado de Jesucristo, no podía, en buena conciencia, continuar militando en las legiones del Cesar.

JULIO

El relato del martirio de Julio contiene una serie de elementos míticos. Pero aunque sea una mezcla de leyenda y realidad, vale la pena tomar nota de su historia.

Veterano en el ejército romano, sirvió en la milicia unos 27 años antes de ser ejecutado en el año 303. El rehusó ofrecer a los dioses el incienso simbólico ordenado por los emperadores. En su defensa Julio parece sentirse orgulloso de su hoja de servicios. El prefecto romano encargado del proceso, le ofreció una serie de salidas mediante las cuales Julio podría haber salvado su vida, además de satisfacer las exigencias judiciales. Sin embargo, Julio no estaba dispuesto a comprometer su integridad personal para evitar la pena de muerte.

Los ritos idólatras del ejército romano constituyeron el punto central de su protesta. En su defensa ante el magistrado, Julio citó su buena conducta en el ejército como prueba de su integridad personal. No obstante, parece que albergaba algunas dudas respecto a su largo tiempo de servicio militar. "Parece que me he equivocado sirviendo en este ejército inútil (*vana militia*)".[54] Julio comprendió claramente la diferencia entre las leyes del imperio y la ley de Dios. Y para él, sólo la ley de Dios tenía autoridad absoluta.

PACOMIO (290 - 346)

Pacomio y sus compañeros no fueron mártires militares en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, a través de su encarcelamiento dieron testimonio de la oposición cristiana primitiva al servicio militar. Algunos afirman que Pacomio sirvió en el ejército romano, y es muy difícil separar los hechos de la leyenda en el relato de su vida. Los hechos, sin embargo, parecerían confirmar la historia siguiente.

Al comienzo de su reinado, Constantino tuvo que luchar contra sus rivales para controlar el poder. Para superar la crisis, ordenó el reclutamiento de soldados y que el ejército se preparara para combatir.

Pacomio, un joven pagano de unos 20 años de edad, fue reclutado y embarcado, junto con un grupo de jóvenes cristianos procedentes del alto Egipto. Por alguna razón, posiblemente por ser desertores, todos fueron encarcelados en Tebas, sin siquiera haber salido de Egipto. Durante su encarcelamiento los miembros de la congregación cristiana local generosamente los sostuvieron. Mientras tanto, el triunfo de Constantino sobre sus adversarios le permitió libertar a los reclutas en todo el imperio. Entonces, Pacomio y sus amigos también fueron puestos en libertad y gozosamente regresaron a sus hogares.

Estos reclutas cristianos habían pasado encadenados todo el período de su servicio. Su congregación, aparentemente consideró que esta era una situación normal para los cristianos. Y esta historia fue conservada en la iglesia y siguió contándose aún después que los cristianos empezaron a aceptar el servicio militar bajo Constantino. Aparentemente estos reclutas encarcelados, en el espíritu de la *Tradición Apostólica*, habían protestado contra su

participación forzosa en el ejército romano. Esta protesta seguía siendo expresada en las órdenes eclesiásticas de la iglesia egipcia de la época. El contacto de Pacomio con este grupo de reclutas cristianos probablemente contribuyó a su conversión en la carcel.

Inmediatamente después de su liberación de la carcel, Pacomio pidió ser bautizado. Más tarde, llegó a fundar un movimiento cristiano no-violento en Egipto que posteriormente se desarrolló en un monasticismo comunitario.

MARTIN DE TOURS (316 - 397)

Como lo indican las fechas anteriores, Martín de Tours vivió durante la era constantiniana. Al principio de este período el cristianismo solo era tolerado. Más tarde fue favorecido y, posteriormente establecido como la única religión lícita en el imperio. Por eso es tan notable el rechazo de Martín de seguir sirviendo en el ejército romano. La resistencia de la iglesia primitiva al servicio militar en la época de la persecución fue preservada por Martín en la nueva era de paz para la iglesia.

El padre pagano de Martín era tribuno militar y un decreto imperial requería el reclutamiento de todos los hijos de veteranos del ejército romano. Por eso Martín fue obligado a convertirse en soldado. Es más, fue llevado encadenado a prestar el juramento militar. Durante esa época, Martín era un converso recibiendo instrucción en el camino cristiano. Poco después, a la edad de 18 años, fue bautizado.

Después de su bautismo, Martín continuó en el ejército "de manera puramente nominal". Las fuentes no están de acuerdo sobre cuanto duró su servicio "nominal" en el

ejército. Finalmente, Martín pidió ser dado de baja del servicio militar. "Hasta ahora", dijo, "te he servido como soldado. Permíteme ser ahora soldado de Dios. Que el hombre que te sirva reciba tu *donative* [comisión]. Yo soy soldado de Cristo. No me es lícito hacer la guerra".[55]

A Martín se le acusaba, entre otras cosas, de ser cobarde. Para demostrar la falsedad de la acusación, Martín pidió que al día siguiente se le permitiese estar de pie, sin armas, en la linea frontal de la batalla. Ese día las tropas bárbaras se rindieron sin luchar. Más tarde, el autor de la biografía de Martín describió este evento de la siguiente manera:

> A fin de que sus benditos ojos no sufrieran el dolor de ver morir a otros, eliminó la necesidad de pelear. Porque Cristo no precisa ... de ninguna otra victoria para vindicar a su propio soldado, sino que el enemigo fuera sojuzgado sin derramamiento de sangre.[56]

Por este tiempo, los emperadores eran cristianos y el cristianismo era tolerado, y aún favorecido en el imperio. Por lo tanto, la negativa de Martín de servir en el ejército no se debía primordialmente a las prácticas idolátricas que caracterizaban la vida militar, (por lo menos, en sus formas rituales). El ejército, al igual que otras instituciones del imperio, habían dejado de ser paganas, al menos en teoría. También parece que Martín quería que Roma siguiera ejerciendo dominio sobre los enemigos del imperio. Lo que Martín consideraba intolerable, era el derramamiento de sangre.

En la experiencia de Martín, observamos nuevamente el tema que tanto influenció a los cristianos a lo largo de la historia de la iglesia primitiva. Es decir, el cristiano es soldado de Cristo. La lealtad al Reino en que Cristo es

Señor, supera cualquier otra lealtad.

Lo que sabemos de la vida de Martín, después de negarse a continuar en el ejército romano, es consecuente con su objeción al servicio militar. En el año 360, organizó la primera comunidad monástica en Francia y doce años más tarde llegó a ser obispo de Tours. Se opuso enérgicamente a la violencia y a la persecución que la iglesia desató contra Prisciliano y a sus seguidores en España.

De acuerdo a Sulpicio Severo, contemporáneo suyo, más joven y autor de su biografía, Martín jamás devolvía mal por mal. Nadie jamás le vió enojado, y su corazón estaba lleno de piedad, paz y compasión.



CAPITULO IX

La alternativa de la iglesia primitiva ante la guerra

Confrontados con sufrimiento violento, los primeros cristianos eligieron una notable alternativa ante semejante violencia. Los padres de la Iglesia, quienes escribieron en latín, le dieron el nombre de *patientia* a esta actitud. A pesar que la palabra paciencia en español se deriva de este término, no expresa a plenitud el significado de la palabra. *Patientia* significa resistir el mal con firmeza, rehusando causar ningún mal al malhechor. Este concepto aparece en el Nuevo Testamento, donde conlleva el sentido de una resistencia firme y persistente ante el mal y las presiones de la injusticia y la persecución. Este es indudablemente el sentido del término que, en Apocalipsis 13:10 y 14:12, se traduce como paciencia.

Aún en defensa de los más altos valores, la iglesia primitiva se abstuvo de cualquier tipo de violencia homicida, pues estaba convencida que tal violencia era totalmente opuesta a los fundamentos de la fe cristiana. Por experiencia

sabían que el Espíritu de Cristo no era el mismo espíritu que inspiraba las relaciones sociales en la sociedad pagana en la que vivían. El poder del amor prevaleciente entre ellos les libraba de la necesidad de confiar en la fuerza bruta. "Toda palabra que saliere de vuestra boca en fe y en amor, será para conversión y esperanza de muchos".[57]

Ellos mismos habían experimentado la presencia del Reino de Dios, caracterizado por el poder del amor. Confiaban tanto en la providencia, como en la protección de Dios para vivir y sobrevivir en este mundo. Esto los liberaba de la necesidad de hacer uso de la violencia para protegerse u obtener su provisión. A pesar de vivir en medio de una sociedad violenta, soportaban los males de la injusticia y de la persecución, confiando en su participación en la victoria del Cordero. No es difícil encontrar de dónde provenía esta convicción, que contrastaba visiblemente con los valores de la sociedad griega y romana. Entre los antiguos griegos y romanos, la *patientia* ciertamente no se consideraba como una virtud. Mas bien la veían como una señal de verguenza e ignominia, la señal de un esclavo. Los primeros escritos cristianos concuerdan en que la fuente de esta visión fluye del espíritu, vida y enseñanzas de Jesús. *Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles*, escrita alrededor del año 115 DC., reconocía la existencia de dos principios de organización social fundamentalmente diferentes. Uno es el camino de la vida. El otro el de la muerte.

Las enseñanzas de Jesús registradas en Mateo 5:38-48 describen las relaciones humanas que conducen a la vida. El poder revolucionario de este concepto se resume en la frase; "Si amas a los que te aborrecen, ya no tendrás ningún enemigo".[58] En el mismo corazón de este concepto está el

mandamiento de amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. Y para mayor claridad, se añade el segundo mandamiento: "No matarás". Y esto incluía específicamente la prohibición del aborto y del infanticidio. Todas estas formas de homicidio eran relativamente comunes en la sociedad pagana del primer siglo.

Clemente de Roma escribió en la última década del primer siglo advirtiendo contra la tentación de depender del poder del intelecto, del poder de la fuerza y del poderío económico. La alternativa ante estas fuentes de poder se halla en "las palabras del Señor Jesús que nos enseñan humildad y benignidad [*patientia*]".[59]

Ignacio, el obispo de Antioquía, escribió las siguientes palabras en la segunda década del segundo siglo. Dijo: "No hay nada más precioso que la paz por la que toda guerra, en el cielo y en la tierra, llega a su fin".[60] En otro contexto, Ignacio escibió que es "a través de la mansedumbre que el príncipe de este mundo es destruído".[61]

Esta forma de entender la paz tiene muy poco en común con la paz que Agustín describió tres siglos más tarde. Agustín, hablando por la iglesia después de Constantino, admitió que en su tiempo la gente consideraba la paz como una realidad esencialmente interior y futura. La paz entre los pueblos y las naciones debía ser establecida a través de la guerra. En contraste, la paz de la que Ignacio escribió, es dinámica y poderosa —capaz de vencer la violencia tanto de los humanos como de los demonios.

Arístides quien describió la vida de los cristianos de su tiempo, alrededor del año 125. Dijo:

> Lo que ellos no quieren que otros les hagan, ellos no lo hacen a otros. Exhortan a los que les ofenden y tratan de convertirlos en amigos.

> Salen de su camino para hacer bien a sus enemigos. Son mansos y humildes y ... están dispuestos a ofrendar sus vidas por la causa de Cristo, y obedecen con firmeza sus mandamientos.[62]

En su *Primera Apología*, escrita alrededor del año 155, Justino Mártir defendió a los cristianos ante el emperador romano Antonio y sus hijos. Escribió:

> Los que antes nos odiábamos y matábamos, y que debido a costumbres diferentes no podíamos convivir con hombres de otras tribus, ahora, desde que Cristo vino, vivimos amistosamente. Oramos por nuestros enemigos y procuramos persuadir a los que sin razón nos odian, a vivir conforme a los buenos preceptos de Cristo, para que puedan alcanzar, junto con nosotros, los mismos bienes que nosotros esperamos de Dios, soberano de todas las cosas.[63]

Después de citar las enseñanzas de Jesús registradas en Mateo 5:11, 16, 39-41, Justino añade una vez más:

> No debemos de luchar, ni ofrecer resistencia, pues El no quiere que imitemos a los hombres perversos, sino que, a través de la paciencia y la gentileza, apartemos a todos los hombres de la vergüenza y el amor al mal.[64]

Atenágoras dirigió al emperador romano Marco Aurelio su *Rogatoria por los Cristianos* en el año 177. Insistió que los cristianos son diferentes, porque han sido enseñados por Dios mismo.

Respondiendo a la pregunta, "¿Cuáles son esas doctrinas de que nos nutrimos?" respondió citando Mateo 5:44-45.

Luego continuó diciendo:

> Entre nosotros encontrarán personas sin educación, artesanos y ancianas ... incapaces de probar con palabras los beneficios de nuestra doctrina, pero sus hechos demuestran la virtud que surge de su convicción; no aprenden discursos de memoria, sino exhiben buenas obras: cuando se les golpea, no golpean de vuelta; cuando se les roba, no acuden a la ley; dan a los que les piden, y aman a su prójimo como a sí mismos.[65]

Más tarde Tertuliano desarrolló de manera más sistemática este concepto de resistir con firmeza - o sea, la resistencia no violenta al mal. El principio, desde luego, se aplica a todas las áreas de la vida y de las relaciones sociales. Se dirige al problema de conducta hacia los enemigos, tanto personales como nacionales. El compromiso de los cristianos hacia su Señor es absoluto. Por lo tanto, son por definición, hijos de paz.

Esto da por resultado que toda violencia personal y colectiva quede fuera del ámbito de la actividad cristiana. Como individuos, nunca entablan juicio ante la ley, ni tratan de cobrar venganza por los agravios personales cometidos en su contra. Como grupo, el servicio militar, la guerra, y la administración de la justicia legal es ajena a las actividades aceptables para los cristianos. En su *Apología* a favor de los cristianos, Tertuliano sugiere que si ellos hubieran querido defenderse con las armas, habrían vencido debido a su gran número. Pero observa que los cristianos tienen más libertad para ofrendar sus vidas que para matar.[66]

Por cierto, poco antes en el mismo tratado, Tertuliano

mencionó brevemente una estrategia que es sorprendentemente similar a algunos métodos modernos de resistencia no-violenta.

> Porque -sin tomar las armas, sin rebelarnos, sino sencillamente haciéndonos a un lado, separándonos- ¡podríamos haber luchado contra vosotros! Pues si una multitud tan grande como nosotros se hubiera separado de vosotros, marchándose a algún lugar apartado del mundo, ¡la sola pérdida de tantos ciudadanos de todas las clases sociales hubiera hecho sonrajar vuestro gobierno! Sí lo hubiera hecho, y ¡los hubiera castigado también por pura deserción! Sin lugar a dudas, hubiérais temblado ante vuestra soledad, ante el silencio del mundo, ante el estupor de un mundo muerto. Hubiérais tenido que buscar un pueblo a quien gobernar.[67]

Pero los primeros cristianos no usaron esta estrategia, aún cuando no era violenta. Estaban convencidos que la mejor contribución que la iglesia podía brindar a la sociedad era siendo sencilla y verazmente la comunidad de Jesús. Un temprano defensor de los cristianos había escrito en su *Epístola a Diogneto* que los cristianos son, en efecto, el alma que permite que la sociedad sobreviva.

> Los cristianos no se distinguen de los demás seres humanos por su nacionalidad, idioma o costumbres ... Sin embargo, exhiben un tipo muy particular de conducta, que es admirable y, que de acuerdo a la opinión general es sorprendente... Obedecen las leyes establecidas; pero en su vida, las superan. Muestran amor

> para todos, y por todos son perseguidos ... Son maldecidos, pero aún en esto son justificados. Se les denigra, pero ellos bendicen ... Para declarar el asunto con brevedad, como el alma es para el cuerpo, así son los cristianos para el mundo ... son ellos los que lo mantienen unido.[68]

Los primeros cristianos estaban determinados a vivir conforme los valores que habían aprendido de Jesús y de la comunidad que se había formado a su alrededor. En efecto, constituían una sociedad de contraste, creada y nutrida por una fuerza más poderosa que la que había sostenido a la sociedad tradicional. Resistían con firmeza el mal, rehusando reaccionar con violencia ante la crueldad y la opresión. Esta clase de resistencia apuntaba hacia el futuro reino de justicia de Dios. Las personas violentas finalmente serían vencidas por este movimiento revolucionario que rechazaba los impuros medios de la violencia.

En su informe escrito para Scápula, el procónsul romano, Tertuliano recordó un testimonio histórico de la actitud no violenta de los cristianos. En Asia, en el tiempo de Arrio Antonio, los cristianos reaccionaron ante la persecución presentándose masivamente ante el tribunal para ser condenados. Esta inesperada solidaridad de los cristianos hacia sus hermanos acusados confundió y avergonzó al fiscal.

Tertuliano entonces preguntó a Scápula. ¿Qué haría si "miles de personas bajo su administración, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, vinieran a ofrecerse voluntariamente como mártires?" Otros, además de Tertuliano, observaron que entre más sufrían con

inclaudicable valor los cristianos, más crecía el movimiento. En un sentido más profundo, el inocente sufrimiento de los cristianos constituía un acto de auto-defensa cimentado en la fe. En la conclusión de su tratado para Scápula, Tertuliano observa que:

> No tenemos mas Señor que Dios. El está delante de tí y no puede ocultarse de tí, pero a El tú no puedes dañar. Mas los que vosotros consideráis como señores, no son sino hombres, y un día ellos también morirán. Pero esta comunidad no morirá, ya que puedes estar seguro que cuando parece que la exterminas, surge con más poder. Pues todos los que observan la noble paciencia de sus mártires, sienten remordimiento y anhelan examinar el asunto; y tan pronto conocen la verdad, ellos mismos se enrolan como discípulos.[69]

Al principio de su carrera como escritor cristiano, Tertuliano escribió una obra titulada *De Patientia*. En ella insiste que la única reacción valedera para los cristianos es soportar con mansedumbre la violencia de que son víctimas. Este concepto, manifestó, no es producto de una sabiduría filosófica, ni de la prudencia de una persona práctica. Su origen es divino.[70]

Desde la perspectiva de Dios, no existe ninguna diferencia entre el agresor y la persona que busca venganza. Aún si el agresor sea el primero en utilizar la violencia, la reacción del que busca venganza es igualmente culpable delante de Dios. Por lo tanto, los cristianos no pueden devolver mal por mal. Deben sacrificar su honor prescindiendo del derecho de defenderse según la inclinación natural.[71] Ni siquiera la fe cristiana debe ser

defendida por medios violentos, mucho menos otras causas menos importantes.

Esta postura no violenta se fundamentaba en la misma naturaleza de la gracia de Dios. Jesucristo mismo es el autor y el Señor de *patientia*. Enseñó a sus discípulos que ellos podían ser hijos de su Padre celestial, siempre y cuando fueran obedientes a este mandamiento de *patientia*. "La ley universal de la paciencia está contenida en este mandamiento esencial: No podemos hacer el mal, aún cuando parezca justificable".[72]

Orígenes, quien escribió unos cincuenta años después que Tertuliano, respondió a la acusación de que el movimiento cristiano era resultado de una revolución violenta:

> Si una revolución hubiera conducido a la formación de la comunidad cristiana ...el Legislador Cristiano no hubiera prohibido terminantemente matar; El en ninguna parte enseña que sea válido para sus propios discípulos reaccionar con violencia, aún ante los malos. Pues no juzgó conveniente que sus leyes, que provienen de una fuente divina, permitieran matar a nadie. Tampoco los cristianos, si debieran su origen a una rebelión, hubieran adoptado leyes tan benignas que no les permiten, aún cuando es su suerte ser sacrificados como ovejas, en ninguna ocasión resistir a sus perseguidores... Porque fueron enseñados a no tomar venganza contra sus enemigos ... y porque, aunque son capaces de hacer la guerra, jamás participarán en ella aunque hubieran recibido la autoridad para hacerlo.[73]

de violencia que el pueblo de Dios usó bajo el Antiguo Pacto. La fuerza de las enseñanzas de Cristo era suficientemente poderosa para esparcir la Palabra por doquier.[74]

A pesar que emperadores y gobernantes trataron de humillar a los cristianos a través de la persecución, su firmeza demostró que la gracia de Dios estaba con ellos. Los cristianos no se exponían intencionalmente a ser azotados, torurados o muertos. No obstante, creían que la violencia de la venganza y la infidelidad de la idolatría eran un precio demasiado alto que no estaban dispuestos a pagar a cambio de la tolerancia.

Cipriano, el obispo del norte de Africa sucesor de Tertuliano, también escribió un tratado titulado *De Bono Patientiae*. Básicamente compartía la visión de Tertuliano respecto a la no violencia cristiana. La *patientia* humana está cimentada en la *patientia* de Dios, cuya amorosa misericordia hacia la humanidad rebelde es admirable. No obstante, las palabras y los hechos de Jesús manifiestan el significado de *patientia* aún con más claridad. Cipriano citó Mateo 5:43-48 como ejemplo concreto de las enseñanzas de Jesús sobre la *patientia*. Sus sufrimientos en la cruz constituyen el principal ejemplo de la firme resistencia de Jesús, que los cristianos deben imitar.[75]

Cipriano también escribió:

> Pero la paciencia, amados hermanos, no solo cuida lo que es bueno, sino que también repela lo malo. En armonía con el Espíritu Santo, y asociada con lo celestial y lo divino, lucha con la defensa de su propia fuerza contra los males de la carne ... Es la paciencia ... la que dirige nuestro hacer, a fin de perseverar en el camino

> de Cristo, que vivimos mediante Su paciencia. Esto es lo que nos hace perseverar como hijos de Dios, imitando la paciencia de nuestro Padre.[76]

Cipriano dirigió las siguientes palabras a Demetriano, oficial romano probablemente encargado de enjuiciar a los cristianos en el norte de Africa:

> Ninguno de nosotros, al ser detenido, pone resistencia, ni toma venganza por vuestra injusta violencia, a pesar que nuestra gente es numerosa ... No podemos odiar, y agradamos más a Dios al no devolver mal por mal ... Nosotros pagamos con bondad vuestro odio.[77]

Lactancio se convirtió en cristiano a los sesenta años, alrededor del año 300. Había sido maestro de retórica antes de su conversión. En sus escritos intenta recomendar el cristianismo a los intelectuales de su época. Como otros antes que él, también exalta la *patientia* como la más grande de las virtudes cristianas. Devolver la injuria, escribió, es imitar la maldad de la persona que nos hace violencia.[78] Más adelante, amplía este concepto.

> Corresponde al hombre sabio y excelente el no desear eliminar a su adversario, pues esto no puede hacerse sin culpa ni peligro, sino debe proponerse poner fin al conflicto mismo, lo cual puede hacerse para bien y con justicia. Por lo tanto, la paciencia debe considerarse como una gran virtud ... Si cuando una persona es provocada, reacciona con violencia contra el agresor, ya ha sido vencida. Pero si reprime sus impulsos violentos mediante la razón, entonces esto prueba que ejerce control sobre

> entonces esto prueba que ejerce control sobre sí mismo y que es capaz de gobernarse. A este auto-control se le llama paciencia, virtud opuesta a todos los vicios y defectos.[79]

Agustín fue en gran parte responsable de la formulación de la clásica teoría de la guerra justa. Intentaba limitar la participación de los cristianos en la guerra a ciertas situaciones justificables. Pero aún así, escribió un tratado completo sobre el tema de la *patientia*. Su definición de la persona paciente es una obra maestra. Los pacientes "prefieren soportar el mal, para no hacerlo, antes de hacer algún mal para no soportarlo".[80]

Los padres de la Iglesia, cuyos escritos hemos revisado, no eran ingenuos. Sabían que el ejercicio de la *patientia* cristiana no siempre conduciría a una victoria inmediata con un mínimo de sufrimiento. El precio, con frecuencia, fue el martirio de la persona que perserveraba en su fidelidad. A veces, las reacciones de bondad y benignidad, lejos de calmar los temperamentos malignos, los enfurecían aún más.

Esto apunta al doble significado que la cruz de Cristo tiene para los cristianos. Pone de manifiesto, en primer lugar, el cruel precio que a veces es necesario pagar para seguir a su Señor. Pero la cruz de Cristo también nos recuerda que la derrota más completa puede conducir finalmente a la única verdadera victoria.



CAPITULO X

El cambio ocurrido bajo Constantino

Constantino (306-337) asumió el poder del Imperio Romano durante la segunda década del siglo cuarto. Su habilidad militar y su destreza política le permitieron triunfar sobre sus adversarios en la lucha por el poder.

Los cristianos han interpretado su acenso al poder imperial de maneras muy diversas. Algunos lo han percibido como el evento clave para el establecimiento del Reino de Dios en la tierra. Otros lo han relacionado directamente a la "caída de la iglesia". Obviamente ninguna de estas apreciaciones es plenamente adecuada para evaluar los cambios que ocurrieron en la iglesia como resultado de que Constantino abrazara la fe cristiana.

Eusebio, obispo de la iglesia en Cesarea a partir del año 315, fue el principal defensor de la primera de estas interpretaciones. En su *Historia de la Iglesia,* concluída en el año 323, Eusebio intentó interpretar la historia del Imperio Romano desde una perspectiva cristiana. Según Eusebio, el éxito del imperio se debía al nacimiento de Jesús durante el reinado del emperador Octavio. Así, el

imperio y el nacimiento de Cristo coincidieron en la historia humana, inaugurando una nueva era de salvación. Eusebio describe a Constantino como agente divino para restaurar la suerte de los cristianos en el imperio, al igual que restablecer las históricas libertades romanas. Según la perspectiva de Eusebio, Constantino triunfó contra sus adversarios en su lucha violenta por el poder, gracias a la ayuda divina.[81]

La *Pax Romana*, descrita en términos deslumbrantes por Eusebio, era el resultado directo de la intervención divina.[82] Una serie de decretos imperiales resultaron de la creciente alianza de Constantino con la iglesia. En el año 311, Constantino oficialmente toleró la fe y el culto cristiano. En el año 313, decretó la libertad religiosa y la restauración de las propiedades confiscadas a la iglesia con anterioridad.[83] También ofreció subvenciones económicas al clero, a quienes eximió de toda responsabilidad cívica o política.[84]

Aunque el cristianismo no fue impuesto como religión oficial hasta el año 380, Eusebio alababa generosamente al imperio por todos los beneficios conferidos a la iglesia. Eusebio concluyó su *Historia Eclesiástica* con gran optimismo. Estaba seguro que el reinado universal de Dios había sido establecido en el contexto del nuevo imperio universal.[85]

Por otra parte, algunos historiadores sostienen que Eusebio no interpretó con claridad objetiva la relación de Constantino con la iglesia. La supuesta "conversión" de Constantino no produjo realmente cambios sustanciales. Aunque era benevolente con los cristianos, simultáneamente protegía y sostenía la religión pagana. Los emperadores cristianos retuvieron el título de *Pontifex Maximus* (sumo sacerdote pagano) hasta el año 379. Entre

los años 310 y 326, Constantino aseguró el éxito de su lucha por el poder imperial por medio de una serie de asesinatos políticos, en su mayoría perpetrados contra miembros de su propia familia.

A partir del año 312, Constantino utilizó al cristianismo para sus propios intereses políticos. Aunque presidía los concilios de la iglesia, no fue bautizado sino hasta el año 337, cuando ya se acercaba su muerte. Constantino, tal vez de alguna manera ayudó a la iglesia. Sin embargo, su decisión política de hacer alianza con la iglesia estableció el escenario para la alianza entre la iglesia y el poder político, de la que la iglesia nunca se ha podido recuperar. No obstante, este cambio no se originó con Constantino. Ya en la época de Tertuliano y Orígenes encontramos a cristianos preocupados por la preservación del orden social. Deseaban el bienestar de todo el pueblo y, por esta razón, se inclinaban a aprobar el orden político existente.

Esto condujo a un creciente número de cristianos un paso más adelante - a la disposición de contribuir al orden imperante. Algunos aceptaron puestos en el gobierno civil y otros sirvieron en las fuerzas armadas. El número de cristianos en las legiones romanas aumentó a finales del tercer siglo y comienzos del cuarto. La gran persecución bajo Diocleciano empezó con una purga de los cristianos en el ejército.

El número de cristianos en el ejército no puede haber sido muy alto. Ningún gobernante estaría dispuesto a privarse del diez por ciento - ni aún cinco por ciento - de su poderío militar. Sin embargo, si Constantino toleró y aún favoreció a los cristianos por razones políticas, podemos imaginar que habría un número considerable de ellos prestando servicio civil o militar.

Indudablemente cuando Constantino decidió convertir a los cristianos en aliados de sus aspiraciones políticas, ya vislumbraba señales de que tal alianza le sería provechosa. Pero aún así, el cambio de la postura no-violenta anterior no se completaría sino hasta unos 100 años más tarde. En el año 380 a través de un edicto conjunto, los emperadores Teodosio —del Imperio Romano Oriental— y Graciano —del Occidental— establecieron el cristianismo como religión oficial del imperio. Esta evolución en la actitud de los cristianos hacia la guerra se completó en el año 416 cuando el imperio exigió que todos sus soldados fueran cristianos. Esto excluyó de sus filas a los que no eran cristianos.

La evolución del término en latín antiguo *paganus*, nos brinda un ejemplo de las implicaciones de este cambio. Hasta el año 300, la palabra *paganus* significaba *civil*, en contraste con *militar*. Posteriormente, llegó a significar *no-cristiano*, en oposición a *creyente*. De igual manera, los cristianos habían cambiado radicalmente sus actitudes hacia el militarismo —del rechazo a pelear como soldados, a la situación en que todo soldado tenía que ser cristiano.

A la luz de las vastas implicaciones de esta regresión, algunos se refieren a este proceso como la "caída de la iglesia". No se puede negar que ocurrió un cambio trascendental. Sin embargo, acreditárselo sólo a Constantino es sobreestimar su papel en el proceso. Fue un complejo drama en el que tanto el imperio, como la iglesia, compartieron el escenario como actores.

Sin embargo, el cambió no ocurrió sin resistencia de parte de muchos cristianos de la época. Basilio, quien sucedió a Eusebio como obispo de la iglesia en Cesarea, se lamentaba de la violencia de la guerra.

> Muchos alcanzan gloria mediante el valor que demuestran en el fragor de la batalla, y hasta se jactan de matar a sus hermanos. En verdad, la valentía militar y los arcos de triunfo edificados por su comandante o la ciudad, existen sólo gracias a la magnitud del asesinato.[86]

El reconoció que, bajo presión, los líderes de la iglesia habían hecho concesiones. Después ya no llamaban asesinato a la matanza bélica o a la pena capital. Pero aún así, Basilio requería que el soldado "con manos inmundas (con la sangre de sus semejantes) se abstuviera de recibir la comunión durante tres años".[87]

El Sínodo de Arlés, convocado por Constantino en el año 314, contiene la declaración oficial de la iglesia en relación al servicio militar. El artículo 3 dice, "En relación a aquellos que prescinden de sus armas en tiempo de paz, es conveniente que no sean admitidos a la comunión".

Durante la persecución, cierta concesión permitía a los cristianos reclutados por la fuerza a permanecer en el ejército como soldados de paz. Esto significaba que les asignarían actividades y trabajos similares a los de un soldado no-combatiente en tiempos de paz. Por supuesto, no podían llegar a ser oficiales, pues entonces quizás tendrían que ejecutar la pena capital. Al hacer esta concesión, la iglesia rehusó admitir que los cristianos pudieran derramar sangre.

Ya hemos observado que las órdenes eclesiásticas basadas en la *Tradición Apostólica* concedían que un cristiano podía ser soldado. La declaración del Sínodo de Arlés respresenta una concesión más. Los cristianos que sirvan en tiempo de paz deben permanecer en el ejército, en lugar de causar un escándalo a través de su renuncia. Y así, la

iglesia dispuso rehusar la comunión a los cristianos que desechaban sus armas en tiempo de paz. Este canon indudablemente se emitió respondiendo a las presiónes imperiales para que se permitiera a los cristianos servir en el ejército. Sin embargo, si los soldados rehusaban usar sus armas en tiempo de guerra, no eran censurados por la iglesia.

Durante los primeros cuatro siglos de su historia, la iglesia cristiana prohibió el derramamiento de sangre. Recordando sus primeras enseñanzas sobre el servicio militar, la iglesia por muchos siglos continuó imponiendo penitencias a los que mataban en la guerra. Los cánones de Arlés son ejemplos de la forma en que la disciplina de la iglesia iba cediendo poco a poco frente a las presiones de la época y tolerando la debilidad humana en su seno. Aunque los cristianos no debían ser soldados bajo ninguna circunstancia, en ciertos casos específicos llegó a ser posible tolerar esto como un mal menor. Pero, como la historia nos enseña, aquellos que consintieron ser soldados en tiempo de paz, terminaron derramando la sangre del enemigo en tiempos de guerra. En el Sínodo de Arlés, la iglesia claudicó ante el emperador, a cambio de su protección. Anteriormente, había permitido que los soldados cristianos permanecieran en el ejército durante tiempos de paz. Ahora, los apremiaba a permanecer en el ejército a fin de evitar problemas. La iglesia probablemente creyó que su decisión era la forma menos costosa de conseguir los beneficios que el emperador les ofrecía. Para crédito de la iglesia, se resistió a dar permiso para derramar la sangre del semejante, aún en combate. Aunque la iglesia no reclamó la objeción por conciencia al servicio militar, aún seguía rehusándose a aprobar el derramamiento de sangre en tiempo de guerra. Dos factores influyeron

notablemente en la iglesia a principios del siglo cuarto. Uno fue el surgimiento de las comunidades monásticas no-violentas. El otro la creciente aceptación de los valores sociales griegos y romanos. Durante este período, la iglesia poco a poco cedió en su oposición al servicio militar. Los ideales cristianos de santidad iban desapareciendo paulatinamente, a medida que los cristianos se sentían cada vez más a gusto con la vida del Imperio Romano.

Las normas morales antiguas se reservaban cada vez más para el clero y las órdenes monásticas. Por eso, a los sacerdotes se les prohibía estrictamente derramar sangre. Además, los que hubieran sido soldados no podían llegar a ser sacerdotes. Ahora bien, Constantino eximió a los miembros del clero de toda responsabilidad civil o militar. De esta manera, el estado permitía a un grupo selecto de personas vivir la santidad y la no-violencia de la moral cristiana. Por su parte, la iglesia gradualmente dejó de esperar que los cristianos comunes y corrientes vivieran de acuerdo a las altas normas cristianas.

Desde el final del siglo IV en adelante, no sólo se prohibía a los sacerdotes hacerse soldados, sino también, aquellos que habían servido en el ejército no podían llegar a ser sacerdotes. Aunque estas normas se aplicaban solamente al clero, recordaban el período anterior cuando la iglesia enseñaba que el servicio militar era vedado para todos los cristianos. Finalmente, la iglesia abandonó el concepto de que los soldados quedaban manchados, aún después de abandonar el servicio militar. Y la exención otorgada por Constantino al clero cristiano a partir del año 313 llegó a ser normativa. Esta práctica de eximir al clero cristiano del servicio militar ha perdurado hasta el día de hoy en la cristiandad.

Eusebio contribuyó notablemente a los cambios en la actitud de los cristianos hacia la guerra. En su *Historia Eclesiástica*, él narra con aprobación la forma en que los cristianos armenios se habían levantado en armas y derrotado al adversario imperial de Constantino.[88] Eusebio, por supuesto, interpretaba todas las victorias de Constantino como obras hechas por Dios.

> Constantino ... y Licinio ... fueron movidos por el Rey de reyes, Dios del universo y Salvador. Dos hombres amados de Dios, contra los dos más impíos tiranos; cuando el combate finalmente comenzó, Dios probó ser su aliado de una manera maravillosa. ... Clamando en oración al Dios del Cielo, y a su Palabra, y a Jesucristo -el Salvador de todos- como su aliado, él (Constantino) avanzó en plena superioridad de fuerza, buscando asegurar para los romanos su libertad ancestral.[89]

Cuando las tropas imperiales -que ahora incluían a cristianos- cometían toda clase de barbaries en el combate, Eusebio no las censuraba. Para él, eran agentes de la justicia divina, retribuyendo los sufrimientos que los cristianos habían tenido que padecer antes.[90]

Atanasio (296-373), obispo de Alejandría, resumió un sistema de creencias que incluía este entendimiento. La cita siguiente, tomada de sus escritos, nos muestra que Eusebio no estaba solo en su forma de expresar esta nueva interpretación cristiana de la guerra.

> No es lícito matar; sin embargo, en la guerra es lícito y digno de alabanza destruir al enemigo. Así que, no sólo son dignos de grandes honores los que se han destacado en el campo de

batalla, sino que también se erigen monumentos a fin de proclamar sus grandes hazañas. Así que, ... el mismo acto que, en un momento y bajo ciertas circunstancias sería ilícito, bajo otras y en un momento oportuno, es tanto lícito como permisible.[91]



CAPITULO XI

La iglesia hace la paz con el imperio

Ambrosio y Agustín

Durante el siglo IV, Ambrosio y Agustín eran líderes activos de la iglesia en Italia y el norte de Africa. Sus escritos establecieron la base teológica para el cambio que se desarrolló durante el reinado de Constantino. Ambrosio mismo fue ejemplo de este cambio.

Ambrosio era hijo de un oficial militar y llegó a ser gobernador en el norte de Italia. Cuando el obispo de Milán murió, el pueblo eligió a Ambrosio como pastor, a pesar de que aún no había sido bautizado. Como obispo, quiso ejercer influencia moral sobre el emperador. Cuando el emperador decidió tomar represalias y masacrar al pueblo de Tesalónica, Ambrosio le disciplinó públicamente. No albergaba ninguna duda respecto a la justicia de usar el poder del imperio en beneficio de los intereses de la iglesia. Se maravillaba, sin cuestionar, de los cambios ocurridos. Los príncipes del imperio, que anteriormente perseguían a la iglesia, se habían convertido en los predicadores del evangelio. Ambrosio aplicaba los

textos del Antiguo Testamento a la tarea militar de defender el imperio de los bárbaros, y de los adversarios políticos. A continuación vemos sus comentarios sobre el Salmo 37:15.

> Durante la última guerra, hombres infieles y sacrílegos desafiaron al que había puesto su confianza en el Señor (el emperador Teodosio). Intentaron destituirlo de su dominio y amenazaron a las iglesias del Señor con una persecución salvaje. Repentinamente surgió un viento fuerte que arrancó los escudos de las manos de los rebeldes y detuvo todas las jabalinas y lanzas, haciéndolas caer de vuelta sobre el ejército pecador. Sin que sus oponentes hubieran atacado, no podían resistir al asalto del viento, y fueron destruídos por sus propias armas. Y lo que es más, las heridas que recibieron sus espíritus fueron mayores que las de sus cuerpos. Se descorazonaron cuando entendieron que Dios estaba combatiendo contra ellos.[92]

Anteriormente, el dilema era si los cristianos podían servir en el ejército. Ahora, la guerra misma se peleaba bajo el auspicio divino. Y si la guerra era de Dios, ya no había ninguna duda en cuanto a la participación de los cristianos.

Fue Agustín quien desarrolló con más claridad las implicaciones del cambio ocurrido bajo el gobierno constantiniano. Procuró justificar teológicamente la participación de los cristianos en la guerra. También intentó limitar la guerra, insistiendo que la causa siempre debía ser justa.

Bonifacio era gobernador militar en el norte de Africa.

Llorando la muerte de su esposa, pensó abandonar su carrera militar para dedicarse a la vida monástica. Agustín hizo todo lo posible para persuadirle a seguir sirviendo a Dios como militar.

Agustín basaba su enfoque de la vocación militar cristiana en el mandamiento divino de amar a Dios y al prójimo. Citaba tanto el Antiguo, como el Nuevo Testamento para establecer cómo el servicio militar y la vocación cristiana eran compatibles. El insistía que el propósito del soldado cristiano siempre debe ser establecer la paz.

> No pienses que una persona que sirve en el ejército no puede agradar a Dios ... Cuando te armas para pelear, piensa ante todo esto: también tu fuerza corporal es un don de Dios. Considera el don de Dios en esta manera, y no lo uses contra Dios. Cuando se compromete la palabra, debe guardarse respeto al enemigo contra quien se pelea, y mucho más respeto al amigo por quien se pelea. La paz debe ser el objetivo de tu lucha, y debes considerar que la guerra te ha sido impuesta, para que Dios te libre de esa necesidad y te guarde en paz. No se busca la paz para promover la guerra, sino que se va a la guerra para servir a la paz. Sé, pues, un pacificador, aun cuando pelees, para que lleves el gozo de la paz a aquellos mismos a quienes derrotas.
>
> "Bienaventurados los pacíficadores", dice el Señor, "porque ellos serán llamados hijos de Dios". Y si la paz humana es tan dulce para la prosperidad temporal de los mortales, ¿cuánto más dulce será la paz divina para la eterna

> salvación de los ángeles? Sea la necesidad, y no tu voluntad, la que extermine al enemigo que te ataca. Así como se responde con violencia al que se rebela y resiste, así se le debe misericordia al vencido y al prisionero, especialmente cuando ya no se teme la perturbación de la paz.[93]

Según Agustín, los cristianos pueden con justicia hacer la guerra solamente cuando ésta es ordenada por una autoridad legítimamente establecida. Esto elimina la guerra motivada por razones perversas, tales como la codicia de poder, la rebelión, el salvajismo y la crueldad. Sin embargo, una vez que al cristiano se le ordene oficialmente matar, el cristiano podía obedecer sin problemas de conciencia, según Agustín.

> ¿Qué hay de malo en la guerra? ¿que perezcan personas que de todos modos algún día morirán, a fin de que los que sobrevivan pueden ser subyugados en paz? El cobarde se queja, pero esto no preocupa a las personas religiosas. No, los verdaderos males de la guerra son el deseo de infligir daño, la crueldad de la venganza, la implacabilidad e inquietud de espíritu, el salvajismo de la rebelión, la codicia del poder, y cosas semejantes. En realidad, muchas veces hombres buenos son ordenados por Dios, o por un goberante legítimo a hacer la guerra precisamente para castigar estas cosas.
>
> Cuando los seres humanos hacen la guerra, es muy importante considerar quién es la persona responsable y cuáles son sus razones para pelear. El orden natural orientado hacia la paz entre los mortales, requiere que el gobernante tome consejo e inicie la guerra. Una vez que

> la guerra ha sido declarada, los soldados deben servir en ella a fin de fomentar la paz y la seguridad general. Nadie debe cuestionar la justicia de una guerra que se pelea por orden de Dios. ... Dios ordena la guerra a fin de eliminar, aplastar o subyugar el orgullo de los mortales ... Y nadie tiene poder sobre ellos a menos que le sea dado de arriba.
>
> Todo poder viene de lo alto, así que un hombre justo puede legítimamente combatir para establecer la paz civil, aún cuando sirva bajo las órdenes de un gobernante irreligioso. Lo que se le manda a hacer no es claramente opuesto al precepto de Dios. Las órdenes malas hacen culpable al rey, pero la obediencia hace que el soldado sea inocente. Más inocente es entonces quien combate cuando Dios mismo le manda a pelear. Pues El jamás ordena nada incorrecto, como todos los que le sirven reconocen.[94]

Agustín también estaba persuadido que se debía emplear la fuerza contra los cristianos que causan división en la iglesia. Por ejemplo, cuando los donatistas en el norte de Africa se retiraron de la iglesia, Agustín apoyó la acción militar contra ellos. El firmemente creía que el emperador actuaba guiado por Dios, ya que tenía que mantener la paz en el imperio. Como gobernante cristiano, era su deber eliminar el cisma dentro de la iglesia, de la misma manera como aplastaría una rebelión en el imperio. Agustín encontró ejemplos bíblicos para apoyar su posición. El pensaba que Pablo había sido convertido a la fuerza y que Jesús había recomendado el uso de la fuerza en la parábola de los invitados a la boda. Después de todo, El había dicho, "Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a

entrar, para que se llene mi casa" (Lc. 14:23).

Al abrazar el cristianismo, Constantino creó una nueva situación para la iglesia. Agustín reaccionó abandonando ciertos temas del Nuevo Testamento y enfatizando otros. En su interpretación de las Escrituras, prácticamente abandonó la visión de la presencia del Reino de Dios. De acuerdo a los Evangelios, esta visión del Reino de Dios había sido sumamente importante para Jesús. Después de Agustín, el Reino de Dios se convirtió en un concepto primordialmente futuro y puramente espiritual. La visión de paz proclamada por los profetas en relación al Mesías y concretamente realizada por Jesús en la creación de una nueva comunidad, dejó de ser una alternativa. Agustín, en contraste, hacía una distinción entre la paz *temporal* y la paz *eterna.* Para Agustín, la primera de éstas era la paz imperial establecida por las armas. En este sentido, el podía referirse al emperador y a los soldados cristianos, como pacificadores. La paz *eterna*, sin embargo, era puramente espiritual, una realidad interior que los creyentes individuales podían disfutar en el presente. Aunque nadie podía realmente experimentar esta paz, sino hasta la vida venidera.

Por lo tanto, según la perspectiva de Agustín, los cristianos hacen la guerra a fin de lograr una paz terrenal. Y sufren las consecuencias de la guerra como preparación de su paz celestial venidera. A partir del año 416, sólo cristianos podían servir como soldados en el ejército romano. El evangelio que la iglesia siguió profesando ya no fue el mismo Evangelio del Reino que Jesús había venido a proclamar. La *Pax Romana* cimentada en el poderío militar, había desplazado al evangelio de paz de Jesús.

Epílogo

Los primeros 300 años de la historia de la iglesia cristiana están repletos de cambios. Los cristianos se relacionaron con la sociedad secular y con el estado en muy diferentes maneras, y esto condujo a cambios en la vida interna de la iglesia. La iglesia, que comenzó en el primer siglo como un movimiento mesiánico dentro del judaismo, fue, en el mejor de los casos, tolerada. Y en el peor, perseguida como movimiento religioso minoritario dentro del imperio romano durante la mayor parte de este período. Más tarde, bajo Constantino, la iglesia cristiana disfrutó de tolerancia oficial. Luego ganó lugar como favorita. Y finalmente, fue establecida como la religión oficial del imperio.

La práctica social, económica y política de los cristianos a menudo determinan cómo entiende la iglesia el significado de la vida, las enseñanzas y la muerte de Jesús. Esta relación de causa y efecto se aprecia con cristalina claridad en la forma en que fueron cambiando las actitudes de la iglesia hacia la guerra y la violencia durante este período. La iglesia primitiva tomó muy en serio las enseñanzas de Jesús acerca del amor hacia el enemigo y reaccionar sin violencia hacia los malhechores. Sin embargo, cuando los cristianos comenzaron a gozar de poder, riquezas y

prestigio, estas convicciones cambiaron. *Así que la teología de la iglesia se ajustó a la práctica de los cristianos.*

Durante casi tres siglos la iglesia se rehusó a aprobar que los cristianos tomaran parte en la guerra. En realidad, la iglesia prohibía enfáticamente el servicio militar. Sin embargo, conforme los cristianos se involucraron más en la guerra, la iglesia reinterpretó las enseñanzas bíblicas para justificar su participación en ella. A partir de ese momento, y a lo largo de la historia de la iglesia, el amor sin violencia hacia el enemigo enseñado por Jesús, fue practicado únicamente entre las minorías proféticas tanto dentro, como fuera de la iglesia.

Notas

1. Alexander Roberts y James Donaldson, editores, *The Ante-Nicene Fathers*, New York: Charles Scribner's Sons, 1899, vol. 5, pp. 304, 326. Letters 25,30.

2. *Ibid.*, vol. 4, p. 661. Against Celsus, 8:57.

3. Daniel Ruiz Bueno, *Padres apologistas griegos*, Madrid: La Editorial Católica, 1954, pp. 223-224. Apología 1.39; Diálogo con Trifón, 110.3.

4. Roberts y Donaldson, vol. 1, p 512. Against Heresies, IV, 34.4.

5. *Ibid.*, vol. 3, p. 154. An Answer to the Jews, 3.9-10.

6. Orígenes, *Contra Celso*, Madrid: La Editorial Católica, 1967, p. 359. Contra Celso 5.33.

7. Roberts y Donaldson, vol. 3, p. 154. An Answer to the Jews, 3.9-10.

8. Orígenes, p. 359. Contra Celso, 5.33.

9. Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, Madrid: La Editorial Católica, 1974, p. 455. Efesios, 13.2.

10. *Ibid.*, p. 453. Efesios, 10.

11. *Ibid.*, pp. 233-234. Carta Primera de San Clemente a Los Corintios, 59.4; 60.4.

12. *Ibid.*, pp. 662-663. Carta de San Policarpo a los Filipenses, 2.

13. Ruiz Bueno, *Padres Apologistas*, p. 649. Legación en Favor de los Cristianos, 1.

14. *Ibid.*, pp. 705-706. Legación en Favor de los Cristianos, 35.4.

15. *Ibid.*, *Ibid.*, Legación en Favor de los Cristianos, 35.
16. Roberts y Donaldson, vol. 2, pp. 234, 235. The Instructor, I, 12.
17. Ruíz Bueno, *Padres Apologistas,* p. 224. Apología I, 39.
18. *Ibid.*, p. 493. Diálogo con Trifón, 110.
19. Roberts y Donaldson, vo. 2, p. 115. Theophilus to Autolycus, III, 14.
20. *Ibid.*, vol. 1, p. 512. Against Heresies, IV, 34.4
21. *Ibid.*, vol. 3, p. 154. An Answer to the Jews, 3.
22. *Ibid.*, vol. 5, p. 433. On the Dress of Virgins, 11.
23. Orígenes, p. 359. Contra Celso, V, 33.
24. Pamphilius Eusebius, *Preparatio Evangélica* (Preparación para el Evangelio), I, 4, citado en Jean-Michel Hornus, *It Is Not Lawful for Me to Fight*, Scottdale, PA: Herald Press, 1980, p. 88.
25. Eusebius, VI, 1, citado en Hornus, p. 88.
26. Athanasius, *De Incarnacione Verbi* (La palabra encarnada), 51.4-6; 52.3-5; citado en Hornus, pp. 88-89.
27. Roberts y Donaldson, vol. 3, p. 93. On the Soldier's Crown, 1.
28. *Ibid.*, vol. 3, pp. 99-100. On the Soldier's Crown, 11.
29. *Ibid.*
30. *Acta Fructuosus*, 2.2-3, citado en Hornus, p. 27.
31. Pamphilius Eusebius, *Ecclesiastical History*, Trad. C. F. Crusé, Londres: Henry G. Bohn, 1858, pp. 172-173. V, 5.
32. Orígenes, p. 583. Contra Celso, 8.73.
33. *Ibid.*, p. 584. Contra Celso, 8. 73.
34. Roberts y Donaldson, vol. 4, p. 665. Against Celsus, 8.68.
35. *Ibid.*, vol. 3, p. 44. Apology, 37.3.
36. *Ibid.*, vol. 3, p. 49. Apology, 42.2.
37. Clement of Alexandra, *Exhortation to the Heathen*, X.100., citado en Hornus, p. 124.
38. Roberts and Donaldson, vol. 3, p. 73. On Idolatry, 19.
39. *Ibid.*, vol. 3, pp. 213-215. On the Soul, 33.
40. *Ibid.*, vol. 3, pp. 41-42. Apology, 28.3; 30.1.
41. *Ibid.*, vol. 3, pp. 25-26. Apology, 9.5.
42. *Ibid.*, vol. 3, pp. 46-47. Apology, 39.7-8.
43. *Ibid.*, vol. 3, p. 101. On the Soldier's Crown, 12.
44. *Ibid.*, vol. 3, pp. 24-24. Apology, 9.8.

45. *Ibid.*, vol. 3, pp. 50-51. Apology, 46.15.
46. *Ibid.*, vol. 3, pp. 54-55. Apology, 50.1-2.
47. Orígenes, p. 359. Contra Celso, 3.7-8.
48. *Ibid.*, pp. 583-584. Contra Celso, 8.73.
49. *Apostolic Tradition*, citado en John Helgeland, Robert Daly, y J. Patout Burns, *Christians and the Military: The Early Experience*, Philadelphia: Fortress Press, 1985, p. 37.
50. Eusebius, pp. 271, 272: VII, 15.
51. *Ibid.*, pp 336-339. VIII, 4.
52. The Acts of Maximilian, citado en Helgeland, *et. al.*, pp. 58-59.
53. The Acts of Marcellus, citado en Hornus, p. 138.
54. The Martyrdom of Julius the Veteran, citado en Hornus, p. 139.
55. Suplicius Severus, Vita Mart., 4.3, citado en Hornus, p. 144.
56. Vita Mart., 4.5,9, citado en Hornus, p. 145.
57. Roberts y Donaldson, vol.1, p.144. Epístola de Bernabé 11.8.
58. Cyril C. Richardson, editor, *Early Christian Fathers*, The Library of Christian Classics, Philadelphia: Westminster Press, 1953, vol.1, p.171. Teaching of the Twelve Apostles, 1.3.
59. Roberts y Donaldson, vol.1, p.8. First Clement, 13.1.
60. *Ibid.*, vol.1, p.55. Ephesians 13.2.
61. Ibid., vol.1, p.67. Trallians, 4.2.
62. Allan Menzies, editor, *The Ante-Nicene Fathers*, Grand Rapids: Eerdmans, sin fecha, vol.10, pp.276-277. Apology, 15.5,10.
63. Roberts y Donaldson, vol.1, p.167. First Apology, 14.3.
64. *Ibid.*, vol.1, p.168. First Apology, 16.1-4.
65. *Ibid.*, vol.2, p.134. Plea for Christians, 11.
66. *Ibid.*, vol.3, p.45. Apology, 37.5.
67. Apology, 6.7, citado en Hornus, p.215.
68. Roberts y Donaldson, vol.1, pp.26-27. Epistle to Diognetus, V-VI.
69. *Ibid.*, vol.3, p.108. To Scapula, 5.
70. *Ibid.*, vol.3, p.707. De Patientia, 1.
71. *Ibid.*, vol.3, p.713. De Patientia, 10.
72. De Patientia, 6, citado en Hornus, p.216.
73. Roberts y Donaldson, vol. 4, p.467. Against Celsus, 3.7,8.
74. *Ibid.*, vol. 4, pp.500-501, Against Celsus, 4.9.

75. *Ibid.*, vol. 5, pp.484-486. On the Advantage of Patience, 4,5-7, 9.20.

76. *Ibid.*, vol. 5, pp.488-490. On the Advantage of Patience, 14,20.

77. *Ibid.*, vol. 5, pp.462-463, 465. To Demetrianus, 17,25.

78. *Ibid.*, vol.7, p.185. The Divine Institutes, VI, 18.25.

79. *Ibid.*, vol.7, p.185. The Divine Institutes, VI, 18, 29-32.

80. De Patientia, 2, citado en Hornus, p.220.

81. Eusebius, pp. 373-376. IX, 9.

82. *Ibid.*, pp. 384-386. X, 1.

83. *Ibid.*, pp. 406-408. X, 5.

84. *Ibid.*, pp. 412-413. X, 6-7.

85. *Ibid.*, pp. 417-419. X, 9.

86. Homilies on the Psalms, 61.4, citado en Hornus, p. 170.

87. Epistles, 188.13, citado en Hornus, p.171.

88. Eusebius, pp.371-373. IX,8.

89. *Ibid.*, pp. 373-378. IX,9.

90. *Ibid.*, pp. 382-384. IX,11.

91. Letter to Amun, citado en Hornus, p. 183.

92. Exposition of Psalms, 35.25, citado en Helgeland, *et. al.*, pp.74-75.

93. *Obras de Agustín, Cartas 2°*, Madrid: La Editorial Católica, 1953, vol. XI, pp. 758-759. Epístola, 189.4,6.

94. Against Faustus, 22.74,75, citado en Helgeland, *et al.*, pp. 81-82.

Sugerencias bibliográficas

Roland H. Bainton, *Actitudes cristianas ante la guerra y la paz*, Madrid: Técnos, 1963.

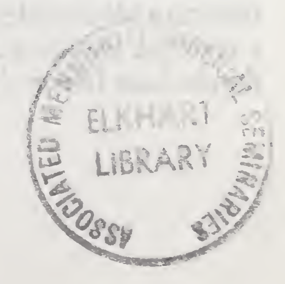
Dennis Byler, *Making War And Making Peace: Why Some Christians Fight And Some Don't*, Scottdale, PA: Herald Press, 1989.

William R. Estep, *Revolucionarios del siglo XVI: Historia de los anabautistas*, El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 1975.

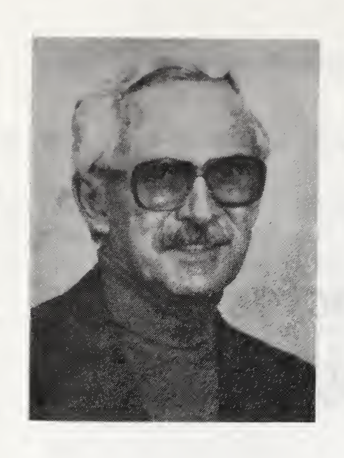
John Helgeland, Robert J. Daly and J. Patout Burns, *Christians And The Military: The Early Experience*, Philadelphia, PA: Fortress Press, 1985.

Jean-Michel Hornus, *It Is Not Lawful For Me To Fight: Early Christians Attitudes Toward War, Violence And The State*, Scottdale, PA: Herald Press, 1980.

Gerhard, Lohfink, *La iglesia que Jesús quería*, Bilbao: Descleé de Brouwer, 1986.



94940



El Autor

Juan Driver creció en Hesston, Kansas (E.E.U.U.), donde se graduó de la Academia Hesston. Recibió su B.A. en Goshen College (Ind.) en 1950, su B.D. del Goshen Biblical Seminary en 1960, y su S.T.M. de la Escuela de Teología Perkins en Dallas, Texas, en 1967. El y su esposa, Bonita Landis, son padres de tres hijos.

Los Driver han estado sirviendo bajo los auspicios de la Junta de Misiones Menonita en Elkhart, Ind. desde 1951. Antes de esto, Juan sirvió con el Comité Central Menonita en Puerto Rico de 1945 a 1948, y Bonita de 1947 a 1948. Han servido como misioneros en Puerto Rico de 1951 a 1966; en Uruguay de 1967 a 1974; en España de 1975 a 1980 y otra vez en 1983 y 1984; y en Argentina en 1981.

Mientras estuvieron en Uruguay, Juan fue profesor del Nuevo Testamento y de Historia de la Iglesia en el Seminario Evangélico Menonita de Teología en Montevideo. Sirvió también como decano de estudios en el seminario hasta su cierre a finales de 1974. Driver retornó a Montevideo en Marzo de 1985 por invitación del Centro de Estudios de la Iglesia Mennonita en Uruguay, donde Juan Driver divide su tiempo entre la enseñanza y

su labor como escritor.

Juan Driver es autor de muchos libros que se han publicado tanto en español como inglés. Entre estos están: *Community And Commitment* (Herald Press, 1976) que fue publicado primero como *Comunidad y compromiso* (Certeza, Buenos Aires, 1974); *Kingdom Citizens* (Herald Press, 1980), publicado anteriormente bajo el título *Militantes para un mundo nuevo* (Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1978); *Becoming God's Community* [Convirtiéndonos en la Comunidad de Dios] (The Foundation Series for Adults, 1981); *El evangelio: mensaje de paz* (2a. Ed., SEMILLA, Guatemala 1987) *Understanding The Atonement For The Mission Of The Church* [Comprendiendo la expiación para la misión de la Iglesia] (Herald Press, 1986); *Contra corriente ensayos sobre la eclesiología radical* (SEMILLA, Guatemala, 1988); *Pueblo a imagen de Dios... hacia una visión bíblica* (CLARA - SEMILLA, Colombia, 1991), y *El Espíritu Santo en la comunidad mesiánica* (CLARA - SEMILLA, Colombia, 1992).



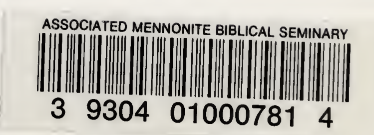
241.624209015 D78S
Driver, John 94940
C´omo los cristianos
hicieron paz con la guerra

DATE DUE

DEMCO

IMPRESO EN GUATEMALA POR: URREA IMPRESOS TEL. 881419


ASSOCIATED MENNONITE BIBLICAL SEMINARY
ELKHART
LIBRARY


ASSOCIATED MENNONITE BIBLICAL SEMINARY
3 9304 01000781 4

COMO LOS CRISTIANOS HICIERON PAZ CON LA GUERRA

¿Cómo deberían responder los cristianos ante el uso de la fuerza militar? ¿Deberian participar en el ejército? ¿No habrá una manera mejor de solucionar diferencias?

Juan Driver analiza la historia de la iglesia primitiva para responder a estas preguntas. Hace notar que los primeros cristianos estaban opuestos a la guerra y al servicio militar por causa de la vida y enseñanzas de Jesús.

Jesús enseñó que se debe amar al enemigo. Por eso los primeros creyentes resistían los males y las injusticias de su época con amor no-violento y perdón.

El autor entonces demuestra como, poco a poco, fue cambiando esta postura y los cristianos se fueron involucrando en la vida militar. Del año 100 hasta el 312 ningún autor cristiano aprobó la participación cristiana en la guerra. Es más todos los que escribieron sobre el tema estaban claramente en contra. Fue después de Constantino que comenzó a cambiar esta perspectiva.

Este análisis de Juan Driver es claro y conciso. Invita a la reflexión y a una acción consistente con el modelo de Jesús y la práctica de la iglesia primitiva.



SEMILLA EDICIONES CLARA

